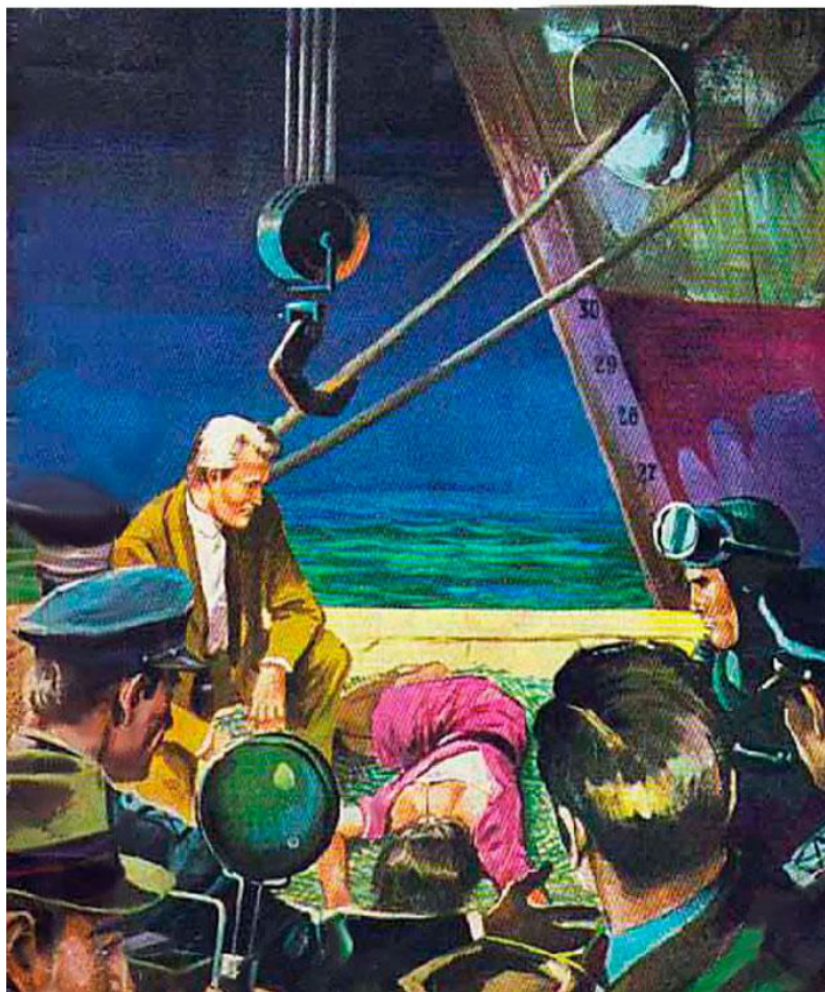


BOLSILIBROS
BRUGUERA

SERIE
**PUNTO
ROJO**

doble identidad

black moran



COLECCION

PUNTO ROJO



BLACK MORAN

DOBLE IDENTIDAD

Colección **PUNTO ROJO** n.º 488

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO - RIO DE JANEIRO

Déposito legal: B 24.582 - 1971

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: agosto, 1971

© BLACK MORAN, 1971
sobre la parte literaria

© JOSE TRIAY, 1971
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1971

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BRAVO OESTE:

551 — Quince años después...

En Colección SERVICIO SECRETO:

869 — Sangre en la Costa Azul.

En Colección BUFALO:

761 — Muerte en el rancho.

En Colección KANSAS:

670 — El precio de un rebelde.

En Colección COLORADO:

712 — Los montes de la muerte.

En Colección SALVAJE TEXAS:

794 — Al otro lado de la prisión.

En Colección ASES DEL OESTE:

611 — La visita del coyote.

En Colección CALIFORNIA:

778 — Así mueren los cobardes.

CAPÍTULO PRIMERO

Sólo se escuchaba el zumbido monótono del acondicionador del aire.

Fiona Allen miró, una vez más, la hora en el pequeño reloj de pulsera y sus ojos fueron hasta la puerta de la habitación.

Según sus cálculos, Ernard Curtis debía de estar a punto de llegar.

De nuevo repasó cada detalle del plan mientras una sonrisa de satisfacción asomaba a su bello rostro.

Siempre había sido una mujer segura de sí misma y ahora era precisamente la confianza que sentía en sus posibilidades lo que le hacía estar tan tranquila.

¿Lo estaba?

Fiona se sentó en el borde de la cama y tomó un paquete de cigarrillos que tenía sobre la mesilla.

Sacó uno con habilidad y se lo puso en los labios mientras con la otra mano trataba de alcanzar el bolso colgado a los pies de la cama.

Acercó la llama azulada del mechero al extremo del cigarrillo y aspiró con fruición la primera bocanada de humo.

Durante unos segundos dejó que éste se extendiera por el interior de su cuerpo antes de arrojarlo con fuerza lejos de ella.

Fiona Allen, a sus veinticinco años, era una mujer de las que hacen volver a su paso la cabeza a los hombres que se cruzan con ella.

Tenía un rostro de rasgos modernos, con unos grandes ojos verdes y pómulos salientes, acentuados por el hábil maquillaje, y su boca, grande y bien dibujada, ponía una nota de sensualidad al conjunto.

Hacía calor en la habitación a pesar del ruidoso acondicionador de aire y Fiona había preferido aguardar al último instante para

vestirse.

El «dos piezas» negro que tenía en aquel momento por toda vestimenta destacaba sobre el tono nacarado de su piel, haciendo resaltar el perfecto dibujo de su cuerpo.

Aplastó la punta del cigarrillo contra el cenicero que tenía sobre la mesilla y se puso en pie.

Se acercó a una de las sillas y tomó unos pantalones azules. Después de ponérselos repitió la operación con una blusa blanca de tejido transparente.

Iba a comenzar a abrochársela cuando sintió que llamaban a la puerta.

Aún descalza se acercó a ella y, pegando el oído a la madera, preguntó:

—¿Quién es?

Le respondió una voz apagada desde el otro lado.

—Soy yo, Fiona. ¡Abre!

La mujer descorrió el pestillo y se hizo a un lado para que Earnard Curtis pasara.

—¡Ya lo tengo! —advirtió éste después de cerrar cuidadosamente la puerta—. Te dije que lo conseguiría.

Fiona Allen terminó de abrocharse la blusa mientras sus ojos relucían con alegría.

Sintió cómo los brazos del hombre rodeaban su cintura, reclamando un beso.

Fiona levantó el rostro y respondió a la caricia mientras enlazad las manos tras la nuca de su pareja.

—¿Salió todo como lo planeamos? —le preguntó cuando sus labios se separaron.

—Sí, fue tan sencillo como un juego de niños —explicó Earnard sin soltar su cuerpo.

—¿No sospecharon nada?

—En absoluto. Lo hice tal como me dijiste. Y esos polvos resultaron eficaces...

Fiona se libró del abrazo y, retirándose un par de pasos del hombre, murmuró:

—Te dije que nada podría fallar.

Hizo una leve pausa y se acercó de nuevo a él.

—¿Las tienes ahí? Estoy impaciente por verlas...

Ernard Curtis se desabrochó la chaqueta y sacó un aplastado estuche de terciopelo del bolsillo interior de la misma.

Abrió la cremallera y ahuecó los bordes para que la rubia pudiese contemplar su contenido.

Fiona se inclinó sobre él y sus ojos verdes brillaron codiciosos.

—¡Son maravillosas! —susurró quedamente.

—Y valen una fortuna... ¡Eso es lo importante!

—Tienes razón —asintió Fiona, abandonando a pesar suyo la contemplación de las joyas contenidas en el estuche de terciopelo.

Se calzó apoyada contra los pies de la cama y, tras recoger el bolso, echó un vistazo al cuarto.

No quedaba en él nada que pudiera servir como testigo de su paso por el hotel y eso la tranquilizó.

—¡Vámonos! —dijo a Earnard quién se había guardado el estuche con las joyas—. Estoy deseando alejarme de aquí.

—Dejé el coche aparcado al otro lado de la calle...

—No, mejor cogeremos el mío. Está esperándonos frente a la salida trasera del hotel.

Cerraron la puerta de la habitación y avanzaron por el pasillo desierto en dirección a la escalera.

—¿Qué coche has traído? No sabía que tuvieras ninguno... —se extrañó Earnard.

—No hagas tantas preguntas —respondió evasiva la mujer, desviándose al llegar a la planta baja—. Ya te lo explicaré todo luego.

Dejaron el vestíbulo a la derecha para adentrarse por una puerta de vaivén que daba paso a las dependencias auxiliares del establecimiento que, a aquellas horas, se encontraban solitarias.

—La cuenta... —recordó de repente Earnard Curtis, agarrando a su pareja de un brazo.

Un gesto de cansancio se pintó en el rostro de Fiona Allen.

—Ya lo dejé todo solucionado. ¿O crees que iba a exponerme a que me buscaran por irme sin pagar?

Ernard Curtis siguió a la rubia quien parecía conocer bien la serie de pasillos por los que estaban avanzando hasta llegar a la salida de los empleados.

Daba a una ancha calle, cercada por las fachadas posteriores de varios edificios aledaños, en la que los chicos del barrio montaban

unos disputados partidos de «base-ball».

—¡Ése es! —señaló Fiona al «wagon» gris plomo aparcado al otro lado de la calle.

Ernard aguardó a que ella abriera la portezuela y se situó ante el volante después de recorrer el pestillo de la portezuela opuesta.

—No creo que te hayan seguido, pero pensé que sería mejor tomar ciertas precauciones —comentó Fiona mientras el motor se ponía en marcha.

—Tuviste una buena idea. Aunque estoy seguro que nadie me siguió...

El coche arrancó con una suave sacudida y Earnard Curtis, manejando con seguridad, no tardó en alejarse por la Houston Avenue en dirección al río Hudson.

—Cruzaremos por el Holland Tunnel —le indicó Fiona— para coger la carretera nacional número doce...

—Cuando Dorian quiera darse cuenta ya estaremos tú y yo lejos de su alcance, después...

—Ahora será mejor que fijas tu atención en el tráfico en lugar de hacer proyectos para el futuro. No me gustaría que nos detuvieran por saltar la luz roja de un semáforo.

El hombre se centró en la cinta asfaltada que se extendía ante ellos mientras la corriente del río Hudson discurría a su izquierda.

Hasta él llegaba el perfume de Fiona, envolviéndole en una onda de sensualidad, y el pensamiento de que a partir de aquel momento ésta le pertenecería por completo le hizo sentir un estremecimiento de deseo.

Cerró las manos sobre el aro del volante y observó a Fiona con el rabillo del ojo, preguntándose cuál sería en aquel momento en pensamiento que ocuparía su mente.

—¿En qué piensas? —le dijo mientras pisaba el freno para dejar paso a un gran camión que acababa de surgir a su derecha.

Fiona Allen sonrió enigmática.

—Sería muy largo de explicártelo...

—Tienes razón, querida. Dentro de unos días tendremos todo el tiempo para nosotros y entonces será el momento de hablar.

Ernard Curtis apartó la mano derecha del volante y la colocó sobre la pierna de Fiona, oprimiéndosela con suavidad.

—Todo el tiempo y todo el dinero del mundo —exclamó eufórico—. Claro que tendremos que ser prudentes a la hora de establecer contacto con los compradores.

—Déjalo de mi cuenta... Ya me encargaré de todo.

En realidad, así había sido hasta entonces.

Fiona Allen era el «cerebro» de la operación que ahora estaba a punto de terminar con pleno éxito.

Miró al hombre que iba sentado a su lado y no pudo evitar un gesto de desprecio que, afortunadamente, éste no advirtió.

Desde un principio había actuado siguiendo sus instrucciones y ahora, una vez más, Fiona tenía ideas propias sobre el final de la operación.

Hacía unos minutos que habían salido de la isla de Manhattan a través del Holland Tunnel y ahora el coche avanzaba a gran velocidad por la carretera nacional número doce.

Fiona observó el paisaje por el que estaban cruzando, ensimismada en sus propios pensamientos que, en realidad, se limitaban a un círculo muy estrecho.

Sus ojos iban pendientes de la desviación que llevaba al puente de Irving en tanto que en su mente bullían los detalles que debían permitirle terminar de una forma satisfactoria lo que tan cuidadosamente había planeado.

—Métete por esa desviación —indicó a Ernard al divisar el cartel de señalización.

—¿Para qué? —preguntó éste, aflojando la marcha del coche—. Creí que seguiríamos por aquí hasta...

—¡Ya te he dicho que lo he planeado todo de la mejor forma para los dos! —insistió Fiona, interrumpiéndole—. Sigue por esa carretera y tuerce a la izquierda por el camino enarenado que hay al otro lado del riachuelo.

Unos minutos más tarde las cubiertas del automóvil se deslizaban sobre la arena de un sendero que discurría bajo la cúpula de la arboleda antes de desembocar en un espacio abierto.

La tierra aparecía cortada bruscamente en un profundo tajo sobre el que se extendía un viejo puente de madera.

—Para un momento... —le pidió Fiona, descruzando las piernas.

—¿Qué pasa ahora? Creí que nos convenía alejarnos de la ciudad lo más rápido posible —se impacientó Ernard, echando el

freno de mano.

Se volvió con un gesto de mal humor a su pareja.

Pero Fiona parecía no haberle escuchado.

Tomó el bolso y sacó de él un paquete de cigarrillos.

—Ahora te explicaré...

Se interrumpió al sentir que la cajetilla se escurría entre sus manos, cayendo al suelo del vehículo.

Hizo intención de inclinarse a recogerla, pero Ernard Curtis se le adelantó.

—Deja. Yo te la daré...

Se retiró hacia atrás para tener más sitio y se inclinó en busca del paquete de tabaco.

Fiona lo empujó con la punta del pie hasta meterlo bajo el asiento, mientras su mano derecha sacaba un objeto del bolso que tenía aún sobre las piernas.

Notó la cabeza de Ernard sobre su muslo y sus ojos verdes quedaron clavados en la nuca del hombre.

Un segundo después la llave inglesa que acababa de sacar del bolso caía brutalmente sobre aquel punto.

Ernard Curtis no profirió ningún grito. Cayó hacia adelante y su cara quedó apoyada sobre la alfombrilla del suelo del vehículo.

Aún le golpeó Fiona otras dos veces con la pesada herramienta, sin que parecieran importarle demasiado las salpicaduras.

Sólo cuando tuvo la seguridad de que Ernard Curtis era ya un cadáver se inclinó sobre él y, volviendo de medio lado su cuerpo, sacó el estuche de terciopelo que éste llevaba oculto en el bolsillo interior de la chaqueta.

Abrió la portezuela de su lado y salió con el bolso en la mano después de guardar en él las joyas.

Se movió con rapidez, segura de cada uno de sus movimientos, como quien los ha repetido docenas de veces con la imaginación antes de realizarlos.

Rodeó el automóvil y abrió la puerta del maletero, inclinándose hacia el interior.

Fiona Allen se dispuso a cumplir la última parte de su plan.

Un plan que iba a convertirla en única poseedora de una de las más valiosas colecciones de joyas jamás subastadas en los Estados Unidos.

Un conjunto de alhajas cuyo valor era superior al millón de dólares.

Unos minutos después el «wagon» gris plomo avanzaba mansamente por el viejo puente de madera para ir a chocar contra una de sus barandas antes de precipitarse en el vacío.

Chocó violentamente contra el fondo del tajo mientras una intensa llamarada se elevaba de aquel montón de hierros retorcidos en el que dos cuerpos se consumían.

CAPÍTULO II

Baxter Kaplant contempló la lista que acababan de entregarle.

La leyó detenidamente antes de elevar los ojos hasta el hombre sentado frente a él.

—¿Es ésta la relación completa de lo robado? —le preguntó.

François Therry asintió:

—Sí, ésa es la lista completa de las joyas que esos hombres se llevaron de nuestra casa. Ya se la facilitamos a la Policía Metropolitana.

Baxter Kaplant adivinó lo que se ocultaba detrás de aquellas palabras.

—Uno de nuestros agentes murió durante el asalto y por esa razón hemos pedido a la Metropolitana que nos permita llevar este caso. A no ser que usted tenga algo que objetar.

La voz del agente del FBI adquirió un inusitado tono de dureza.

Y François Therry parpadeó antes de negar con voz nerviosa.

—En absoluto, señor Kaplant. Para nuestra compañía es una garantía que el Bureau intervenga en este asunto.

El propietario de la Galería de Subastas

Therry & Lancaster

pareció interesado en hacer honor a su nacionalidad suiza donde se experimentaba el ejemplo más claro de neutralidad.

Por eso se apresuró a añadir:

—No es que la casa

Therry & Lancaster

tenga nada que objetar a la Policía Metropolitana, pero el hecho de que ustedes, los hombres del FBI, se hagan cargo del caso, nos complace sobremanera.

A Baxter Kaplant le molestó el tono untuoso utilizado por el grueso helvético, pero le habían encomendado aquel asunto y no tenía más remedio que tratar con él.

—Ahórrese sus cumplidos, señor Therry —le dijo secamente—. Y, por favor, explíqueme lo ocurrido.

El recuerdo del asalto sufrido hacía dos días en la Galería de Subastas puso un sudor frío en el rostro del suizo.

Era un hombre pacífico, acostumbrado a tratar con clientes adinerados, y el recuerdo de la ráfaga de ametralladora con que los asaltantes habían puesto punto final a su incursión en la Galería le hizo agitarse inquieto sobre la silla.

—Ya se lo expliqué a los otros agentes —murmuró, pasándose el pañuelo por la amplia papada—. Estábamos a punto de cerrar cuando el coche se detuvo frente al establecimiento. En principio pensamos que se trataba de unos visitantes retrasados, pero apenas los vimos entrar apreciamos que llevaban el rostro cubierto por medias de goma...

—Eran cinco, ¿verdad?

—Sí, uno de ellos se quedó en el automóvil y los cuatro restantes entraron en el establecimiento. Nos encañonaron con sus armas...

—En ese momento se hallaban en las Galerías dos empleados y usted —quiso confirmar Baxter Kaplant, consultando las notas que tenía ante él.

—Efectivamente, señor Kaplant —asintió el suizo—. Estábamos a punto de cerrar y el policía de guardia había pasado a abrir la caja de caudales en compañía de mi socio, el señor Lancaster...

—¿Qué fue exactamente lo que dijeron los asaltantes?

—Sólo habló uno de ellos... El más bajo de estatura —apuntó François Therry, inclinándose hacia la mesa tras la que se hallaba sentado su interlocutor—. Creo que dijo exactamente: «No les ocurrirá nada si obedecen nuestras órdenes». Después nos colocó contra la pared mientras otro de los asaltantes entraba al interior de las Galerías...

—Entretanto los otros dos retiraron las joyas de la vitrina, ¿no es así?

—No lo sé. Ya le digo que el más bajo de ellos nos puso contra la pared, obligándonos a apoyar las manos en el muro por encima de nuestras cabezas. Pero me figuro que serían los otros dos quienes retiraron las joyas de las vitrinas.

—Bien, entretanto, el cuarto de ellos pasaba al interior y golpeaba al guardia, dejándole inconsciente al igual que a su socio.

—Todo pasó con demasiada rapidez... Cuando quisimos darnos cuenta los cuatro enmascarados se retiraban hacia la calle. Aún me parece escuchar las últimas palabras de ese tipo —recordó el suizo—: «¡Si alguno de ustedes se mueve o empieza a chillar sabrá lo que es recibir una ráfaga de ametralladora!». Era el único que llevaba una pistola ametralladora y hubiera sido capaz de cumplir sus amenazas...

El rostro de Baxter Kaplant se endureció ante aquellas palabras.

—Por lo visto mi compañero no opinó como ustedes.

—Debo reconocerlo, señor Kaplant. Tanto los empleados como yo estábamos asustados. Más bien diría que aterrorizados...

—Sí, y eso facilitó grandemente la labor de los asaltantes. Porque según tengo entendido cerca del lugar donde usted se hallaba, existe uno de los pulsadores de la señal de alarma, ¿no?

—Sí, lo hicimos instalar hace un par de años, pero cuando vi que aquellos cuatro hombres me encañonaban con sus armas me sentí incapaz de oprimir el botón.

—Si lo hubiera hecho la patrulla no les hubiera dado tiempo a escapar. Y nos habríamos ahorrado todo esto.

—¡En mi profesión no estamos acostumbrados a actuar bajo la amenaza de una pistola...! —se defendió François Therry, molesto ante el velado reproche del hombre del Bureau—. Eso lo dejamos para ustedes.

Baxter Kaplant miró con desprecio al individuo que tenía ante él.

Todo en François Therry daba sensación de blandura. Desde su rostro mofletudo y su papada temblorosa hasta sus brazos cortos, de manos nerviosas y regordetas.

—Eso, precisamente, fue lo que hizo que Gleen Morrison intentara detenerlos al verlos salir de su establecimiento.

—Ya hemos expresado nuestro agradecimiento al Bureau, señor Kaplant —recordó François Therry—. Y ahora nos sentimos mucho más tranquilos sabiendo que el caso está en sus manos.

—¡Escuche bien esto, señor Therry! El robo de un montón de joyas, pertenecientes a un grupo de propietarios privados, no justifica en absoluto que el FBI tome el caso en sus manos... Si lo hacemos es simplemente porque uno de nuestros hombres resultó muerto por esos asaltantes.

Baxter Kaplant adivinó lo que el suizo estaba pensando.

En realidad a François Therry le tenían sin cuidado los motivos por los que Federal Bureau of Investigation iba a tomar cartas en el robo de las joyas. Para ellos lo único importante era que el FBI, con todos los medios a su alcance, iba a buscar a los cinco asaltantes de la Galería de Subastas.

—Pero las joyas nos serán devueltas cuando encuentren a los hombres que las robaron, ¿verdad? Nos fueron confiadas por un grupo de clientes y somos responsables de ellas...

La Galería de Subastas

Therry & Lancaster

era una de las más acreditadas en su género dentro de Estados Unidos.

Con su casa central establecida en el 45 de Park Avenue, en uno de los más céntricos *buildings* de la ciudad de Nueva York, tenía una serie de sucursales en las principales ciudades del país.

Su negocio consistía en tramitar la venta de joyas, cuadros y objetos de arte pertenecientes a colecciones privadas mediante la celebración de subastas a las que acudían compradores de los cinco continentes.

La Galería de Nueva York tenía media docena de salas dedicadas a exponer los objetos que iban a subastarse y numerosos visitantes acudían a ellas como si se trataran de un museo, pues el valor de las piezas expuestas eran a menudo dignos de la mejor pinacoteca del mundo.

Pero no siempre se trataba de obras pictóricas, firmadas por los más famosos maestros del pincel desde Rubens a Picasso, sino que también organizaba la subasta de joyas y otro tipo de objetos de arte.

En aquella ocasión se trataba de varios lotes de joyas confiadas a Therry & Lancaster para su venta en una subasta organizada al efecto en la ciudad de Nueva York.

Baxter Kaplant se puso en pie, dando por terminada su entrevista con el suizo.

—Seguiremos en contacto con usted, señor Therry. Quizá necesitemos alguna información complementaria...

—Tanto mi socio como yo estaremos encantados de facilitarles

los datos que juzguen convenientes. Nunca habíamos sido objeto de un robo y precisamos que las joyas aparezcan lo más pronto posible.

«Otra vez las joyas», pensó Baxter Kaplant con disgusto.

Para él era mucho más importante hallar a los asesinos de Gleen Morrison.

Ambos habían sido compañeros en los cursos que los aspirantes a agentes del FBI seguían en la Academia de Quantico y el pensamiento de que aquel puñado de pistoleros hubiera dejado a su amigo tendido sobre la acera de la Park Avenue con una ráfaga de ametralladora en el vientre ponía en su corazón un fuerte deseo de venganza.

Pero Baxter Kaplant sabía, como el resto de los miembros del Bureau, que los sentimientos personales debían ser dejados a un lado ante una misión.

Acompañó a François Therry hasta la puerta del despacho.

—Espero que la descripción que le he dado de uno de los hombres les sea útil, señor Kaplant —dijo el suizo a manera de despedida.

—Sólo lo sabremos cuando comprobemos la foto-robot con el material contenido en nuestros archivos.

Aguardó a que François Therry, con sus carnes fofas, se alejara por el enmoquetado pasillo para cerrar la puerta.

De nuevo se sentó a la mesa y contempló las anotaciones que tenía en el bloc.

No era demasiado, pero tendría que empezar a partir de aquello.

La descripción de uno de los asaltantes quien, precipitadamente, se había arrancado la media al entrar en el automóvil. Esto era lo que había permitido que varios de los testigos dieran una descripción aproximada de él.

Los datos eran incompletos e imprecisos, pero los técnicos del Bureau, aprovechando aquel material como base, sacarían la foto-robot del individuo, la cual, en un porcentaje muy elevado, se ajustaba fielmente al rostro verdadero.

Junto a aquello, estaba la relación de las joyas robadas.

Baxter Kaplant la leyó una vez más mientras se decía que los autores del robo no iban a encontrar facilidades para deshacerse del botín.

Comenzó a pasar los ojos por la lista mecanografiada mientras se

ponía un cigarrillo entre los labios.

- «Un par de pendientes de brillantes, de 60 quilates, pertenecientes a una exemperatriz, con un valor de 2 100 000 francos suizos.
- »Un collar de diamantes de 31 quilates, con incrustaciones de esmeraldas, de 41 quilates, por un valor de 480 000 francos suizos.
- »Un anillo con un diamante «marquesa» color canario, de 24,93 quilates, por un valor de 380 000 francos suizos.
- »Un diamante azul sin montar, de 6,64 quilates, posiblemente pertenecientes al diamante «tavernier» sustraído del guardamuebles de París, donde se conservaba el tesoro real en 1792; valor 270 000 francos suizos.
- »Una sortija de la colección de una reina europea destronada, platino y rubíes, por valor de 320 000 francos suizos.
- »Una diadema de Paulina Borghesa, regalo de Napoleón a su hermana, compuesta de arabescos de diamantes formando hojas y flores...»

El zumbido del interfono que Baxter Kaplan tenía sobre la mesa le hizo apartar la vista de la relación de las joyas sustraídas a las Galerías de Therry & Lancaster.

Levantó la palanca y se inclinó hacia el aparato.

—Sí...

La voz del inspector Skin, con su inconfundible acento sureño, llegó hasta él.

—Le espero en mi despacho, Kaplan. ¿Terminó ya el señor Therry?

—Hace un momento, inspector —respondió Baxter, poniéndose en pie—. Ahora mismo voy para allá...

Se guardó los papeles en el bolsillo y cerró la palanca del interfolio antes de dejar su despacho.

Al fondo del pasillo se encontraba el ascensor. Y dos pisos más arriba el despacho del inspector Skin.

Baxter Kaplant golpeó con los nudillos en la puerta antes de pasar al interior.

—¡Adelante, Kaplant! —le invitó su superior, un tejano de 55 años—. Creo que ya conoce al capitán Night, ¿verdad?

Al Night, capitán de la Policía Metropolitana de Nueva York, era un irlandés de pelo rojizo y modales bruscos.

Baxter estrechó su mano pecosa mientras el inspector Skin seguía hablando.

—El capitán Night me ha pedido que le avisara, Kaplant. Bueno, en realidad, sólo ha dicho que quería hablar con el agente encargado del caso de las Galerías

Therry & Lancaster.

—Me alegra que esté en sus manos, señor Kaplant —exclamó el irlandés, quien ya había tenido ocasión de tratar al agente con anterioridad—. Ya que hemos renunciado a investigarlo nosotros me complace saber que está en buenas manos...

Las palabras de su uniformado visitante no gustaron al inspector Skin quien, apoyándose de codos en la mesa, aclaró:

—Cualquiera de mis hombres hubiera desempeñado perfectamente esta misión, capitán...

Al Night comprendió que había herido el orgullo profesional del inspector Skin.

Y se apresuró a aclarar sus anteriores palabras:

—No lo dudo, inspector. Sólo me refería al hecho de que siempre es más agradable tratar con alguien a quien se conoce...

Baxter Kaplant acudió en ayuda del oficial de la Metropolitana.

—El capitán Night y yo trabajamos juntos durante las revueltas de Harlem de hace tres años, inspector.

—Bien, eso es igual —cortó con cierta brusquedad el tejano—. Vayamos al grano... El capitán Night le trae algo que puede interesarnos, Kaplant.

Baxter se volvió con curiosidad a Al Night.

—¿De qué se trata, capitán? Porque me figuro que será algo relacionado con el robo del 45 Park Avenue, ¿no?

—En efecto —asintió el oficial—. ¿Recuerda al asaltante que se descubrió el rostro momentos después de que otro de sus secuaces ametrallara a su compañero?

Las facciones de los dos hombres del Bureau se endurecieron al recordar la muerte de Gleen Morrison.

—¿Qué pasa con él, capitán? —inquirió Baxter con viveza—. Precisamente ahora pensaba ordenar que confeccionaran la foto-robot para que los hombres del archivo pudiesen buscarle en las fichas.

—Creo que ya no será necesario, Kaplant —le indicó su superior.

—En efecto... —asintió Al Night—. Creo que estoy en condiciones de decirle quién era ese hombre.

El anuncio del irlandés hizo que Baxter se inclinara hacia delante esperando con impaciencia la continuación de sus palabras.

—Esta mañana uno de nuestros coches patrulla de la sección de carreteras descubrió los restos de un automóvil que se había precipitado desde el puente Irving, en la desviación de la carretera nacional 12...

—¿Conozco el lugar! —comentó Baxter—. No habría supervivientes, ¿verdad?

—No, ya sabe, si es que conoce el sitio, la profundidad que tiene el tajo. Dentro del coche iba una pareja...

—¿Han podido identificarlos?

—Aunque parezca sorprendente, lo hicimos. El coche se incendió al chocar contra el fondo, pero la portezuela izquierda debió abrirse y el cuerpo del conductor salió despedido fuera del coche.

—¿Y la mujer?

—Su cadáver estaba completamente carbonizado. Pero hallamos la documentación en el interior de un bolsillo de mano, que apareció lejos del lugar del accidente.

—¿Cree usted que tienen algo que ver con el robo de las Galerías

Therry & Lancaster?

—preguntó Baxter, impaciente por llegar al final del asunto.

—De otra forma no estaría aquí. En cuanto me entregaron la

descripción del muerto recordé la que los testigos, que presenciaron el asalto de Park Avenue, habían dado sobre el tipo que se descubrió el rostro. ¡Y coincidía plenamente!

—¿Entonces?

—Creo que ese hombre es el mismo que murió en el accidente del puente Irving... —anunció tajante Al Night.

—¿Cuál era su nombre? —preguntó Baxter Kaplant.

—Ernard Curtis. Y la chica que lo acompañaba era una bailarina de *strip-tease* del

Bom-Bing

Club.

Baxter Kaplant sintió que todos sus músculos se ponían en tensión.

Si la información del capitán Night era cierta, habría dado un gran paso en la identificación de los asesinos de Gleen Morrison.

CAPÍTULO III

Dorian Chief mordió el cigarro, puro mientras el periódico que tenía entre las manos temblaba violentamente.

Sus ojos saltones, casi sin pestañas, recorrieron ávidamente las líneas de la información que el *New York Times* ofrecía destacadamente en la página de sucesos.

—¡Gordon! ¡Ven enseguida!

Su voz restalló en el silencio del salón. Inmediatamente se oyeron unos pasos que se acercaban por el pasillo.

—¿Me llamabas, Dorian? —preguntó un tipo, con aire de gorila, desde la puerta.

—¡Entra! —le ordenó Dorian Chief mientras apretaba el periódico entre sus manos.

Después volvió hacia Gordon sus ojos de pez y le contempló con una mirada amenazadora.

—¿Han regresado ya Errol y Giles?

—Acaban de hacerlo —anunció Gordon con gesto apagado—. Pero no han conseguido averiguar nada.

—¡Estúpidos! ¡Diles que vengan inmediatamente! ¡Estoy harto de todos vosotros y de vuestra maldita inutilidad!

Gordon dio media vuelta y se apresuró a cumplir la orden que acababa de recibir, pues siempre era conveniente que el enojo del jefe se repartiera entre varios.

Unos minutos más tarde los tres hombres se presentaban ante Dorian Chief.

—¡Hace más de veinticuatro horas que os ordené buscar a ese traidor de Ernard! —barbotó furioso—. Desde entonces os habéis limitado a ir de aquí para allá, pero nadie me ha traído ningún resultado positivo.

—Hemos estado en todas partes, Dorian —se defendió Giles—. En los bares que frecuentaba, en los billares de la 32 y en ninguna

parte saben nada de él.

—Yo también estuve anoche en el

Bom-Bing

Club —recordó Errol a su patrón—. Ya te dije que la chica a la que últimamente frecuentaba era una de las bailarinas de ese centro.

—¡Sí, ya sé todo eso! —Se impacientó Dorian Chief, agitando el periódico ante sus tres hombres—. Y lo único que pudimos sacar en consecuencia es que ese cerdo de Earnard se había fugado con la chica y las joyas. ¡Eso es lo único!

Los tres hombres evitaron la iracunda mirada de Dorian Chief, cuyos ojos abultados parecían ir a salirse de las órbitas.

—¡Ayer pensé que los únicos idiotas que tenía a mi alrededor eran Farell y Tom! —chilló—. Pero ninguno de vosotros tenéis nada que envidiarles. ¡Hatajos de inútiles!

Extendió el *New York Times* sobre la mesa del salón y, señalando una de sus páginas, añadió:

—¡Todo tengo que hacérmelo yo! ¡Mirad donde está Earnard!

Gordon y sus dos compañeros se inclinaron sobre el diario.

—¡En el fondo del infierno! ¡Donde debíais estar todos vosotros! —chilló Dorian Chief—. Ese maldito traidor se precipitó desde lo alto del viejo puente Irving.

Gordon apartó la vista de la información para decir:

—Aquí no hacen ninguna referencia a las joyas.

—¡Ya lo he leído! —masculló iracundo Dorian Chief—. Pero hay algo que está completamente claro. ¡Fue Earnard quien narcotizó ayer tarde a Farell y a Tom para llevarse las joyas de la caja fuerte!

—No debieron fiarse de él —gruñó Giles.

—¡Igual te hubiera dormido a ti! —le reprochó Dorian Chief—. Ese maldito Earnard lo planeó todo hábilmente. Y aprovechó la primera ocasión para llevarse el botín.

Farell y Tom habían pagado su error.

El recuerdo de la escena vivida el día anterior, puso un escalofrío en el espinazo de los tres pistoleros.

No sentían la menor piedad por la suerte de sus compañeros, pero el pensamiento de que el enojo de Dorian Chief pudiese recaer sobre ellos con idénticas consecuencias les llenó de inquietud.

—Si el periódico no dice nada de las joyas es porque no las han hallado —comentó Gordon, rascándose el mentón.

—¡Quizá no pensara escapar de Nueva York! —comentó Giles, quien conocía bien aquella parte de la región—. Ese camino del puente Irving, no conduce a ninguna parte. Y no creo que un hombre que escape con más de un millón de dólares se detenga a contemplar el paisaje en una vieja desviación.

—Recuerda que iba acompañado de su chica... —comentó mordaz Errol—. Quizá fuera una parada amorosa...

—¡Cierra la boca! —le interrumpió Dorian Chief, violento—. Giles tiene razón. Además es el mejor sitio para esconderse en una ciudad con más de diez millones de habitantes.

—Es cierto, Dorian —asintió Gordon con un cabeceo afirmativo—. ¡Y si Earnard dejó las joyas en Nueva York, las encontraremos! ¡Puedes estar seguro!

El puño de Dorian Chief cayó sobre la mesa haciendo bailar los ceniceros.

—¡Más vale que sea así! Porque de lo contrario lo que les ocurrió anoche a Farell y a Tom será un juego de niños para lo que os espera a vosotros... ¡Ya estoy harto de pasos en falso! ¡Me ha costado mucho tiempo planear la operación de las Galerías Therry & Lancaster para dejar escapar el botín!

—Iremos al apartamento de Earnard. Y lo registraremos hasta el último rincón —decidió Giles.

—Tampoco será mala idea hacer una visita al piso donde vivía esa bailarina —opinó Gordon—. Si ambos estaban de acuerdo en el asunto quizá le entregara a ella las joyas para que las guardara.

—Sólo hay un inconveniente —objetó Dorian Chief, cortando de raíz el entusiasmo de sus hombres.

—¿A qué te refieres? —preguntó Errol.

—¡A la policía, imbécil! —gritó su jefe—. Eso mismo que se os acaba de ocurrir a vosotros estará haciéndolo ya la patrulla Metropolitana.

Los tres hombres se miraron, pero sólo Gordon se atrevió a disentir sobre aquel punto.

—Creo que ahí te equivocas, Dorian...

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó molesto el jefe de la banda.

—¡Ellos no tienen por qué saber nada de las joyas! Ese accidente

es uno más de los mucho que se producen a diario en la ciudad de Nueva York. Y Ernard y esa chica son una de tantas parejas como salen de la ciudad para disfrutar de la soledad...

Dorian Chief pareció meditar las palabras de su hombre.

—Puede ser... Y en ese caso más vale que os mováis aprisa. ¡Pero id con precaución! Prefiero tardar un día más en tener de nuevo esas joyas antes que ver mi nombre en las páginas de sucesos de los diarios.

Con aquello dio por terminada la entrevista con sus tres hombres.

Tomó un nuevo cigarro de la tabaquera de piel que teñía detrás de él, en un mueble de estilo español, y lo encendió con lentitud.

Una vez más recordó la traición de Ernard Curtis y aquello le hizo hundir con rabia los dientes en el habano.

El asalto a las Galerías

Therry & Lancaster

había sido un golpe perfecto, que iba a producirle más de un millón de dólares, y que la traición del que creía su hombre de confianza había hecho que se volatizara aquella ganancia.

Ya había cometido, sin embargo, el primer error el día del robo al descubrir su rostro antes de que el automóvil se alejara por Park Avenue.

«—Lo siento, Dorian —se había disculpado Ernard Curtis después de la operación—. Nunca he podido sentirme encerrado en un espacio reducido y la media de nylon contra mi cara estaba a punto de asfixiarme. Me hubiera desplomado de seguir con ella pegada a la boca y la nariz».

Dorian Chief había aceptado entonces aquellas explicaciones, pues Ernard Curtis había demostrado repetidas veces su eficacia.

Ello le había hecho confiar en él y otorgarle dentro del grupo la categoría de su lugarteniente.

Masticó el cigarro puro y se sonrió con desprecio a sí mismo.

Toda aquella «confianza» le había servido a Ernard Curtis para echar un puñado de polvos narcotizantes en el café de Farrell y Tom y, después de forzar la caja de caudales, desaparecer con las joyas de las Galerías

Therry & Lancaster.

Ahora Farrell y Tom habían recibido su merecido.

Y Earnard también había encontrado el suyo, pues jamás disfrutaría del millón de dólares que le había arrebatado.

Un millón de dólares que tenía que recuperar al precio que fuera.

Sobre todo, ahora que tenía un comprador para el lote de joyas...

El

Bom-Bing

Club, estaba situado en el sótano de un viejo edificio que se alzaba en una de las calles secundarias del barrio de Broadway.

Toda la zona era un parpadeante centelleo de luces multicolores de neón que servían de reclamo a un sinnúmero de *night clubs*, *dancings*, teatros de variedades, cinematógrafos y «salas especiales» a las que acudían los más extraños elementos de los dos sexos.

Baxter Kaplant, con una tónica con ginebra en la mano, esperó a que las seis chicas del Magic Black «Ballet» terminaran sus evoluciones sobre la pequeña pista central en torno a la cual se hallaban situadas las mesas del local.

Una serie de luces: verdes, rojas y azules, distribuidas por las paredes de la «cave» se encendían y apagaban alternativamente dando al interior del club un aire de ensueño.

Aquel juego sicodélico resultaba mareante en un principio, pero pronto se habituaba uno a ello.

Baxter Kaplant se volvió sobre el taburete que ocupaba frente al mostrador e hizo un gesto al barman para que se aproximara.

—¿Desea otra cosa, señor?

Baxter señaló su vaso vacío.

—Creí que actuaba todas las noches Fiona Allen —comentó con el hombre de la chaquetilla—. Unos amigos me dijeron que merecía la pena venir a tomar una copa al

Bom-Bing

Club por admirarla...

El gesto del barman se frunció.

—Y no le engañaron, señor. Fiona tenía un cuerpo espléndido...

—¿Tenía?

—Sí, Fiona ya no trabaja aquí. Bueno, aquí ni en ningún otro lado. Resultó muerta en un accidente de automóvil.

Terminó de volcar la tónica en el vaso de Baxter Kaplant y se alejó ante la llamada de otro de los clientes.

—¿Hablabais de Fiona?

El agente del FBI captó aquella pregunta. Y se volvió hacia la mujer que acababa de hacerla.

Llevaba mía peluca negra de bucles, el rostro maquillado en un tono pálido de forma que destacaran sus ojos azules, sombreados en exceso.

Su cuerpo bien modelado, dentro de su traje brillante y corto, hizo que la mirada de Baxter Kaplant se posara en él.

—Sí, me ha preguntado por ella —respondió el barman antes de alejarse de la mujer.

—Pero por lo visto he llegado demasiado tarde para conocerla...

Los ojos de la mujer contemplaron la atractiva figura varonil que tenía a su lado.

—¿Qué os pasa a todos con Fiona? —comentó con un gesto de cansancio—. Se diría que estabais esperando a que desapareciera para interesaros por ella.

Baxter tomó buena nota de aquel «interesados».

—¿No soy el único que ha preguntado por ella hoy?

—Hoy o ayer, ¿qué más da? Mientras estuvo viva solo parecía ocuparse de ella ese tipejo...

—¿Te refieres a Earnard Curtis? —inquirió Baxter, recordando el nombre que le había facilitado el capitán Night.

Mientras aguardaba la respuesta de la mujer hizo un gesto al barman para que le sirviera una copa.

—Sí, ése era su nombre.

Pero al tiempo de decir aquello los ojos azules de la chica se volvieron desconfiados.

—Creí que habías dicho a Peter que no conocías a Fiona. Y ahora resulta que sabes el nombre de Earnard.

Baxter sonrió sin dar importancia a aquel aparente contrasentido.

Esperó a que la chica tomara su copa para cogerla de un brazo y alejarse con ella hacia una de las mesas.

—¿Cómo te llamas? Nunca me ha gustado estar al lado de una mujer sin saber su nombre.

—Lláname Romina... ¿Cuál es el tuyo?

A pesar del aire profesional de la chica, acostumbrada a entablar conversación con los clientes solitarios del club, Baxter advirtió en ella un trasfondo humano al hablar de Fiona Allen.

—Quizá lo de antes quede explicado si te digo que era amigo de Fiona —mintió, llevándose el vaso a los labios, después de haberse presentado.

—Nunca la oí mencionarte. Y solíamos hablar muy a menudo.

—No es extraño. Nos conocimos lejos de este ambiente, allá en un pueblecito de Nebraska.

Al Night le había facilitado los datos que figuraban en la carta de identificación de la bailarina.

Y entre aquellas anotaciones figuraba, junto a la edad de Fiona, 25 años, el lugar de su nacimiento.

—¿También naciste tú en Springfield? —Fiona era de allí.

—Sí, acudimos juntos a la secundaria... ¡Hace tiempo de eso! —mintió Baxter con naturalidad.

Cuando era necesario sabía fingir con habilidad y ahora necesitaba hacerlo para que Romina siguiera hablando.

Sobre todo, si era cierto que le había unido una verdadera amistad con la bailarina encontrada en el fondo del tajo del puente Irving.

—Durante varios meses compartimos el mismo apartamento —explicó al agente—. Después las cosas empezaron a irle un poco mejor o quizá fuese ese Ernard quien la indujera a dejarme. Así que alquiló un piso para ella sola.

—¿Venía Ernard a menudo por aquí?

Romina aguardó a que finalizara el redoble de la batería que estaba subrayando el número final del ilusionista que se hallaba en la pista.

—Antes, casi todas las noches —dijo a Baxter inclinándose hacia él—. Pero últimamente sus visitas se espaciaron más. Prácticamente transcurrían semanas sin que apareciera por aquí.

—¿Pero ellos seguían viéndose?

—Creo que sí... Bueno, eso al menos, era lo que ella decía. Aunque tampoco a Fiona parecía gustarle hablar de Ernard al final.

—Quizá las cosas comenzaran a ir mal entre ellos —apuntó el hombre del Bureau, ofreciendo un cigarrillo a su pareja.

—Más bien me daba la impresión de que Fiona lo que deseaba

era evitar el tema. Fue un cambio brusco. Recuerdo que al principio hablaba constantemente de Earnard...

—Todo cansa en esta vida. Es posible que Fiona hubiera encontrado un compañero más animado o atractivo que Earnard.

El perfume de la chica le llegaba intensamente y la cálida tibieza de aquel cuerpo, tan próximo al suyo, en el

Bom-Bing

Club a la luz parpadeante de las bombillas, le hizo extender el brazo hacia Romina.

Le rodeó los hombros desnudos y la atrajo hacia él.

En realidad, y al margen de los atractivos de la chica, tenía que hacerlo para no desentonar en el ambiente del local.

—No podría asegurártelo. Ya te digo que al final parecía otra. Se volvió menos habladora y se mostraba siempre encerrada en sí misma.

—Como si algo grave la preocupara, ¿verdad?

Romina separó su cabeza del pecho del agente y volvió hacia él la mirada.

—Pudiera ser eso, Baxter. Aunque nunca le oí nada sobre ello...

Baxter Kaplant apagó el cigarrillo en el cenicero, que había sobre la mesa y agarró a Romina de la mano.

—¿Bailamos? —le propuso al ver que varias parejas salían a la pista.

A veces era peligroso precipitar la marcha de los acontecimientos.

Y en aquel caso podía serlo, demostrar un excesivo interés en Fiona Allen.

Al llegar a la pista rodeó con sus brazos el talle de Romina mientras ésta, con las manos enlazadas tras su nuca, comenzaba a moverse cadenciosamente.

Se inclinó sobre ella y apoyó la boca en su pelo ensortijado.

Tenía toda la noche por delante.

Y la oportunidad de haber encontrado a Romina Enger no iba a desaprovecharla.

Mezclados al resto de las parejas, nada había en ellos que les distinguiera de los demás bailarines.

Pero a pesar de ello alguien estaba ocupándose de Romina y su acompañante.

Dos hombres que se hallaban acodados en la barra escucharon lo que Peter, el barman, estaba diciéndoles:

—Me preguntó por Fiona. Dijo que no la conocía, pero me dio la impresión de que era mentira.

CAPÍTULO IV

Romina Enger se subió la cremallera del vestido y terminó de cepillarse el pelo.

Tenía los cabellos lacios, cayéndole sobre los hombros, y después de las horas que los había mantenido recogidos bajo la peluca de bucles que utilizaba en el

Bom-Bing

Club aquellos momentos que pasaba cepillándose los cabellos eran un sedante para sus nervios.

Por ello era siempre de las últimas en dejar el local.

Apagó la luz del tocador y salió del camerino, que compartía con las otras chicas del

Bom-Bing

Club.

—¡Hasta mañana, señorita Enger! —se despidió el negro que barría cuando quedaba vacío de clientes el local.

Romina agitó hacia él la mano y cruzó el pasillo a oscuras hacia la salida trasera del establecimiento.

Una empinada escalera de madera llevaba a la altura de la calle y Romina salió a la noche neoyorquina.

Hacía calor.

Caminó por la acera hasta la esquina donde había dejado aparcado su automóvil.

Abrió la portezuela y se sentó ante el volante del «Packard» de ocasión que había adquirido meses atrás.

En realidad, se había visto obligada a comprar el coche cuando Fiona le anunció su propósito de mudarse a otro apartamento, pues la ausencia de su amiga la privaba de hacer el viaje de regreso a casa en el coche de aquélla.

Desde Broadway hasta la zona donde tenía el apartamento debía atravesar media ciudad y hacerlo todas las noches en taxi le suponía

un gasto demasiado elevado para sus ingresos.

Metió la llave en el contacto después de bajar los dos cristales de las ventanillas delanteras en busca de un poco de aire que hiciera un poco más soportable la elevada temperatura del interior del vehículo.

Éste se alejó hacia la 42, mientras el pensamiento de Romina Enger volaba hasta el hombre que había conocido aquella noche.

—Sigue manejando hasta que yo te diga —dijo de repente una voz tras ella.

Las manos de Romina se cerraron sobre el aro del volante mientras su cabeza trataba de volverse para contemplar al hombre que acababa de hablar:

—¡Deja la curiosidad para más tarde! —murmuró la misma voz—. Ya tendremos tiempo de vernos las caras.

—¿Qué es lo que quiere? —preguntó la bailarina con nerviosismo.

Sintió el frío contacto del cañón de una automática contra su nuca y el recuerdo de los numerosos crímenes que ocurrían durante la noche en Nueva York, puso un sudor frío en su espalda.

—Vamos hacia la Columbus Avenue... —le indicó su inesperado pasajero.

—No me gustan que me pongan un arma en el cuello. Si buscaba compañía podía haber entrado a por mí al club.

El tipo, situado tras Romina Enger, soltó una carcajada siniestra.

—No te hagas ilusiones, muñeca. Te quiero esta noche, pero no es para lo que tú te imaginas —aclaró al tiempo de dar una nueva orden a la mujer—: Ahora a tu izquierda... Sigue recto hasta que yo te diga.

A través del espejo retrovisor Romina comprobó que, desde hacía varios minutos, un coche circulaba prácticamente pegado a las luces traseras del «Packard».

—Sí, es de mi amigo —le aclaró el hombre, siguiendo la trayectoria de los ojos femeninos a través del retrovisor—. Pensamos que sería más conveniente que uno de nosotros te sirviera de guía.

—¿Adónde me llevan? —Trató de averiguar la bailarina doblando la cabeza hacia delante para evitar el contacto de la pistola.

—A un sitio donde podamos charlar tranquilamente. Hay muchas cosas que nos interesan de ti.

—¿De mí?

—De ti y de tu acompañante de esta noche. Ese tipo alto y rubio con el que has estado bailando y bebiendo en la mesa del fondo.

Romina comprendió que habían estado vigilándola durante toda la noche.

Y el presentimiento de que algo turbio se ocultaba en aquel forzado viaje se hizo más vivo en su interior.

—No sé nada sobre él —murmuró—. Recuerde que mi oficio es alternar con los clientes solitarios. Cada noche conozco a media docena de tipos como ése.

La mano del hombre que iba encañonándola se cerró con fuerza sobre su hombro.

—¡No quieras pasarte de lista, muñeca! Con nosotros no te valdrá de nada.

Romina vio cómo el coche que, hasta entonces, iba siguiendo al «Packard» la adelantaba por la izquierda hasta quedar situado a unas veinte yardas ante ella.

—¡Ahora sigue a ese coche! Ya estamos cerca del final de nuestro viaje.

El recuerdo de Baxter Kaplant estaba presente en la mente de Romina Enger, cuando distinguió que el coche que la precedía se perdía por la rampa de un garaje particular, situado en los bajos de un antiguo edificio de la década de los 20.

—Entra ahí —le señaló su acompañante.

Romina disminuyó la velocidad y enfiló la entrada de la cochera.

El final de la rampa la llevó a un sótano destartalado, iluminado por un par de bombillas, en el que aguardaban dos hombres.

Un tercero estaba bajando del coche que la había acompañado desde su salida del club.

—Baja de ahí —le ordenó un tipo con aire de gorila, abriendo la portezuela del «Packard».

Le observó con descaro las piernas mientras descendía del coche y preguntó a los recién llegados.

—¿Es ésta la chica? Dorian está aguardando desde el momento que llamaste.

—Sí, ésta es. No pensarás que voy a invitar aquí a una palomita

para que te divierta, ¿verdad, Gordon? —respondió de malos modos Giles.

Gordon pasó por alto el exabrupto de su compañero e hizo un gesto a Errol, que se hallaba ya junto al teléfono interior.

—¡Tú, cierra la puerta! —ordenó a Giles secamente.

Mientras Errol advertía a Dorian Chief de la llegada de la chica, Giles cerró las dos puertas metálicas del garaje.

Romina Enger miró a los tres hombres que la rodeaban.

—¿Qué van a hacer conmigo? —preguntó con voz insegura.

Gordon se acercó a ella, mirándola siempre con descaro.

Estaba en mangas de camisa, y el vello negro y abundante se asomaba entre el cuello desabrochado.

—Eso depende de ti. Sólo queremos hablar un poco contigo y si eres una chica inteligente vas a responder a lo que te pregunten.

Alguien golpeó la puerta de madera, situada al fondo del garaje y Gordon agarró a Romina de un brazo, obligándola a colocarse contra uno de los coches, dando la espalda a la entrada.

—Ésta es la chica de que te hablé...

—¡Ahórrate nombres! —cortó Dorian Chief a Giles, antes de que éste siguiera hablando.

Avanzó hasta quedar al otro lado del automóvil, teniendo buen cuidado de que la bailarina no le viera y ordenó a Errol apagar las luces.

—Enciende los faros del «Buick» —le indicó—. Serán suficientes para poder contemplar a nuestra invitada.

Romina parpadeó deslumbrada al sentir frente a ella las potentes luces de carretera del coche que la enmarcaron en un doble haz luminoso.

El resto del garaje había quedado completamente a oscuras y sólo Gordon, situado frente a ella, se hallaba fuera de la zona de sombras.

—¿Quién era el hombre con el que estuviste bailando? —le preguntó.

—Ya le he dicho a su compañero que no sé nada sobre él...

—¡No le hagas caso, Gordon! —intervino Giles desde la penumbra—. Estoy seguro que sabe de quién se trata.

—Ya has oído a mi amigo, linda. ¡Dime todo lo que sepas sobre ese tipo! ¿Qué relación tenía con Fiona? ¡Habla!

Al mismo tiempo agarró a Romina del pelo y la hizo doblarse hacia atrás hasta quedar tumbada sobre la maleta trasera del auto que tenía a su espalda.

La postura dolorosa hizo que la bailarina intentara enderezarse.

—¡Suélteme! No tiene derecho a tratarme así.

Gordon quedaba de espaldas a la luz y apenas podía distinguir sus facciones.

Pero adivinó el pensamiento de su mano izquierda, antes de que los dedos del hombre se estrellaran contra su mejilla.

La bofetada restalló en el silencio del garaje mientras los ojos de Romina se llenaban de lágrimas y un grito brotaba de sus labios.

—Eso es sólo una pequeña muestra de lo que te espera como sigas con la boca cerrada —le dijo Dorian Chief, desde el otro lado del coche—. Mis hombres son algo bruscos cuando pierden la paciencia.

—¡Y yo tengo muy poca! —exclamó Gordon, tirando de la mata de pelo de Romina con todas sus fuerzas hasta arrojar a la mujer al suelo.

Pero apenas dejó que el cuerpo de ésta chocara contra el cemento, pues se inclinó hacia ella y, agarrándola de un brazo, la obligó a ponerse de nuevo en pie.

—¿Te has convencido de lo peligroso que puede resultarte seguir callada?

Giles salió de la zona en sombras y se acercó a ella.

—Ya te dije que te traía aquí para charlar contigo, muñeca. Pero si te niegas a ello, puede que el viaje solo sirva para otra cosa...

Apoyó el cañón del revólver bajo la barbilla de Romina, cuya mejilla mostraba la marca amoratada que los dedos de Gordon habían impreso en ella.

—¿Quién era el hombre que te preguntó por Fiona? ¿Qué relación tenía con ella? ¿Qué fue lo que te dijo?

Romina Enger cerró los ojos, mientras las preguntas de Giles martilleaban en su cerebro.

Tenía el cuerpo dolorido y estaba asustada. Muy asustada.

Supo que aquellos cuatro hombres no bromeaban y que apelarían a cualquier medio para conseguir sus fines.

Vio que el tipo con aspecto de gorila se acercaba de nuevo a ella con el brazo levantado.

—¡No me pegue más! —suplicó, cubriéndose el rostro con las manos.

Pero su ruego no detuvo el movimiento de Gordon quien, sin sentir piedad alguna hacia su prisionera, la abofeteó con dureza, lanzándola despedida contra el costado del automóvil.

—¿Cómo se llamaba ese tipo? ¿Qué era lo que iba buscando?

Romina se limpió con el dorso de la mano un hilillo de sangre que brotaba de la comisura de sus labios y comenzó a hablar:

—Me dijo que habían sido compañeros en la escuela... Ambos habían nacido en Springfield y al parecer hacía mucho tiempo que no se veían...

Romina Enger iba desgranando aquellas palabras con lentitud.

Veía frente a ella la sombra amenazadora de los dos pistoleros y el pensamiento de que la golpearan de nuevo la llenó de pánico.

—Continúa... ¿Qué mas hablasteis?

—No sabía que estaba muerta. Creo que fue Peter, el barman, quien se lo dijo... También me habló de Earnard, el amigo de Fiona...

La mano de Gordon se cerró brutalmente sobre su brazo desnudo.

—¿Fue él quien te habló de Earnard Curtis? —le preguntó.

—Sí, fue él... —asintió débilmente—. Creo que le pregunté cómo es que sabía el nombre de ese Earnard, pero no me lo dijo...

—¡Es todo mentira! ¡Ese tipo sabe más de lo que parece! —intervino Errol.

Sólo entonces supo Romina dónde había escuchado antes aquella voz.

Volvió la cara hacia el lugar que ocupaba el pistolero mientras en su mente comenzaban a encajar las piezas de aquel rompecabezas.

—También ustedes fueron la otra noche a preguntar por Fiona... —murmuró.

—¡Exacto, muñeca! —asintió Gordon—. Tenemos mucho interés en saber todo lo relacionado con esa chica y el cerdo de su amigo.

—Por eso no nos gusta que otro ande metido en el mismo asunto...

—¡Yo no sé nada más! Si me vigilaban debieron ver que salimos a bailar y tomamos un par de copas... Pero no me dijo nada más

sobre Fiona.

En realidad, aquello no era del todo cierto, pero Romina Enger mintió sin apenas habérselo propuesto.

Ignoraba los motivos que movían a aquellos hombres en su interés por Fiona y Ernard Curtis al igual que tampoco sabía por qué Baxter Kaplant se interesaba por la pareja.

Pero si debía estar al lado de alguno de los dos bandos se inclinaba decididamente por el de su rubio acompañante de aquella noche.

—¿No mencionó nada sobre unas joyas? —inquirió Dorian Chief, desde las sombras.

No se había movido de aquel lugar y, aunque Romina se volvió hacia el punto por donde había salido la voz, sólo pudo distinguir la mancha oscura de un cuerpo de hombre.

—No, no dijo nada sobre ninguna clase de joyas... ¿Qué pasa con Fiona? ¿Por qué tienen todos tanto interés en ella?

La pregunta de la bailarina hizo que Dorian Chief perdiera sus nervios.

Dio un par de pasos hacia la zona iluminada por los faros del «Buick» y se plantó ante ella, contemplándola con sus ojos redondos.

—¡Esa chica y su amigo me han robado más de un millón de dólares! —Silabeó—. Y voy a recuperar esas joyas, aunque tenga que acabar con todos los que los conocisteis...

Romina apartó los suyos de aquellos ojos de pez y se mordió los labios al ver la despiadada luz que brillaban en el fondo de ellos.

—Lo siento por ti, preciosa. Ahora sabes demasiado y además me has visto la cara.

Romina sintió un escalofrío al comprender lo que aquellas palabras significaban.

Era su sentencia de muerte.

Pero Romina Enger, a sus 24 años, no quería morir.

Extendió las manos y empujó a Dorian Chief hacia atrás, mientras hacía un regate a Gordon y escapaba del haz luminoso de los faros del «Buick».

—¡No quiero que me maten! ¡No quiero morir!

Corrió por la oscuridad con la desesperación de un cervatillo perseguido por la jauría, tratando de alcanzar la salida del garaje.

—¡Que no se escape! —gritó Dorian Chief, furioso—. ¡Cogedla!

Sus tres hombres se movieron con rapidez en persecución de la bailarina quien, después de tropezar contra su automóvil, acababa de rodearlo para alcanzar la rampa de salida.

—¡Enciende la luz, Errol! Y vosotros cubrir la salida...

Las dos bombillas, que colgaban del techo se encendieron y todo el garaje quedó difusamente iluminado por su resplandor.

—¡Ahí está, Gordon! —advirtió Giles, amartillando su revólver—. En la rampa.

Romina no se detuvo en su carrera a pesar de saberse perdida.

Sus tacones resonaron sobre el cemento, mientras los hombres de Dorian Chief, corrían tras ella.

Sólo pudo apoyar las manos en la doble puerta metálica, que cerraba la entrada de la calle.

Apenas había llegado a ella, cuando sintió que las manos de Giles se cerraban sobre su hombro, apartándola violentamente de allí.

—¡Se acabó, muñeca! —masculló Gordon, agarrándola a su vez de un brazo.

Entre ambos la obligaron a bajar de nuevo al garaje en el centro del cual, Dorian Chief les aguardaba con un gesto de crueldad pintado en su rostro de ojos redondos.

—Llevala al cuarto. Allí no nos dará problemas... ¡Tenemos que seguir hablando!

CAPÍTULO V

Jocelin Demavet cerró con suavidad la puerta del apartamento y avanzó por el pasillo hacia el saloncito interior.

Hasta ella llegó la voz de Baxter Kaplant.

—Sí, con Romina Enger... Me dijo que podía telefonarla a ese número...

Hizo una pausa, mientras escuchaba lo que le respondían al otro lado del hilo telefónico.

—¿Está seguro que no ha ido esta noche a casa? Vuelva a llamar, por favor. ¡Tiene que estar en su apartamento!

Jocelin dejó las dos cámaras fotográficas, que llevaba colgadas al hombro, sobre una de las butacas y avanzó de puntillas hasta situarse a espaldas del hombre.

—Bien, gracias. Ya telefonearé más tarde... Y si ve a la señorita Enger díglele que la ha llamado Baxter Kaplant.

Dejó el auricular en su sitio y, antes de que Jocelin pudiese preverlo, se volvió hacia ella, encerrándola entre sus brazos.

—Sabía que estabas ahí —exclamó, pasando a la muchacha sobre el respaldo del diván y sentándola en sus rodillas.

—Le he sorprendido in fraganti, Baxter... ¿Quién es esa Romina?

El agente se inclinó sobre su prometida y la besó en la boca antes de responder a su pregunta:

—No pienses que voy a olvidarme del asunto. Creo que confías demasiado en el efecto de tus besos...

Jocelin no pudo disimular por más tiempo la risa y, enlazando los brazos al cuello del agente, fue ella quien le besó.

—No te esperaba tan temprano. Y cargada con todo tu material... ¿Dónde vas?

—Por eso estabas telefoneando a alguna de tus conquistas, ¿verdad? ¿Por qué te importaba tanto que esa Romina no hubiera pasado la noche en casa?

Jocelin Demavet, aunque nacida en Estados Unidos, tenía todo el encanto de una parisién, debido a su ascendencia francesa y a su larga permanencia en el país galo.

Tenía un cuerpo menudo, llevaba los cabellos muy cortos y, a pesar de vestir con frecuencia ropas masculinas, sabía resaltar su femineidad con el más mínimo detalle.

—Ya sabes que no tengo secretos para ti —comentó Baxter, sin dejar que se moviera de sus rodillas—. La conocí anoche en un club de Broadway...

—¡Eres un cínico! Y encima te atreves a confesarlo tranquilamente...

Baxter Kaplant revolvió el pelo de la muchacha y se puso en pie, acercándose a las dos cámaras que ésta había dejado sobre la butaca.

—¿Qué reportaje preparas ahora? Como sigas con tan brillante carrera pronto te convertirás en la periodista más famosa del país.

Jocelin rodeó el sofá sin decidirse a responder.

Después, con cierta timidez, dijo:

—¿Sigues con el caso de las Galerías

Therry & Lancaster?

—Sí, claro que sigo con él. ¿Por qué me lo preguntas?

—Lo siento, Baxter. Sé que no va a gustarte, pero el jefe me ha encargado que le prepare un gran reportaje sobre el robo de las joyas...

Baxter dejó caer las cámaras sobre el asiento del butacón y se volvió hacia su novia, con las cejas fruncidas.

—Sabes que no voy a ayudarte en eso, Jocelin. Te aconsejé que no dejaras la sección de modas...

—¡Me aburría allí! Creo que una mujer tiene derecho a interesarse por algo más que por el largo de las faldas o los colores que se van a llevar en la próxima temporada —se defendió.

—De acuerdo. Y no he objetado nada a que te dediques a los sucesos.

—No te preocupes, Baxter. No he pensado utilizarte para conseguir la información...

El agente se acercó a ella y apoyó las manos en los hombros femeninos.

Le sacaba más de la cabeza en estatura y a su lado Jocelin

parecía aún más menuda de lo que en realidad era.

—No se trata sólo de que no me guste que la Prensa se mezcle en los asuntos en los que intervengo. Otras veces he tenido que tolerar la presencia de los reporteros a mi alrededor y me he aguantado.

—¿Entonces?

—El asunto de las Galerías

Therry & Lancaster

ya ha ocasionado tres muertes, Jocelin. ¡Y no quiero que tú seas la cuarta!

—Me conmueve tu interés, «sabueso» —se burló de él Jocelin—. Pero me iré con mis cámaras más allá de donde la prudencia lo aconseje.

—A pesar de ello, prefiero que te mantengas al margen. Acabo de decirte que ya ha habido tres muertes en este asunto y quizá me haya quedado corto...

Jocelin conocía muy bien a su prometido y sabía leer más allá de sus palabras.

—¿Crees que esa chica de Broadway...? —empezó a decir.

Baxter se acercó de nuevo al teléfono y marcó un número.

—No lo sé... Pero me pidió que la llamara hoy por la mañana y me extraña que no esté en el apartamento... Según el conserje es muy raro que falte a estas horas. Y además no ha ido en toda la noche...

Con muy ligeras variantes Baxter Kaplant volvió a repetir su diálogo anterior con el encargado de la centralita de los apartamentos en los que Romina Enger habitaba.

—¿Para qué querías verla hoy? —inquirió Jocelin después de que Baxter cortara la comunicación.

—Era compañera de la chica que apareció muerta en el accidente del puente Irving, junto a uno de los asaltantes de las Galerías.

Advirtió que el rostro de Jocelin se iluminaba.

Y se apresuró a cortar su entusiasmo profesional.

—¡Olvida lo que acabo de decirte! Ningún periódico ha recibido esa información y no nos interesa que se sepa que hemos identificado a ese hombre.

—Descuida, Baxter. Sólo hay una cosa en el mundo que me

interesa más que mis lectores. ¡Y esa «cosa» eres tú!

Baxter la miró con ternura y se reprochó por haber estado demasiado duro con ella.

—Perdona, Jocelin. De sobra sé que puedo hablar de todo esto contigo con la misma tranquilidad que si lo hiciera con el inspector Skin.

—Siga con su informe, Kaplan —le ordenó la muchacha, imitando a la perfección el acento sureño del superior de Baxter.

Éste rió ante la perfecta imitación y, encendiendo un cigarrillo, pues Jocelin no fumaba, siguió hablando:

—Por eso fui anoche al

Bom-Bing

Club... Me interesaba hablar con los que conocieron a esa chica y ningún sitio mejor que el lugar donde ésta trabajaba desde hacía varios meses.

—¿Tuviste suerte?

—Creo que sí. Primero hablé con el barman y luego se me acercó la chica a la que acabo de telefonear. Era amiga de Fiona Allen y ambas habían compartido el mismo piso durante varios meses.

—¿Le sacaste mucho?

—En realidad no sabía demasiado. Aunque al parecer Fiona Allen llevaba unas semanas muy preocupada y apenas hablaba con nadie...

—¿Para qué ibas a verla hoy?

—Romina mencionó que Fiona tenía una hermana gemela aquí, en Nueva York. Por lo visto, apenas mantenían contacto entre ellas, pues la hermana de Fiona no aprobaba el ambiente en que ésta se desenvolvía ni, por supuesto, el que se desnudara cada noche ante los clientes del

Bom-Bing

Club.

—¿Vas a ir a verla?

—Eso quiero. Pero para ello necesito que Romina Enger me dé su dirección. Me prometió buscarla en el listín telefónico donde Fiona tenía costumbre de señalar los números que le interesaban.

—¡Eso es muy interesante! —exclamó Jocelin, viendo una nueva posibilidad en la entrevista con la hermana de la bailarina muerta

—. ¿Qué vas a hacer ahora?

—Iré a dar una vuelta por el piso de Earnard Curtis. Es la única pista que tenemos para encontrar a los asaltantes de las Galerías.

Jocelin se colgó del hombro sus cámaras mientras Baxter tomaba la americana del chevalier, que tenía en el dormitorio.

—Antes de venir para acá pasé por el taller, pero mi automóvil sigue descompuesto —explicó la muchacha.

—¿Dónde quieres que te lleve?

La cogió de un brazo y salió con ella del apartamento.

Hacía once meses que habían entablado relaciones y si todo salía bien pensaban casarse a finales de aquel verano.

Peter Stacy se puso un cigarrillo en los labios y miró el trecho de carretera que se extendía ante él.

Eran numerosos los coches que cruzaban a aquellas horas el Central Park, pero el sendero donde había detenido el automóvil, quedaba un tanto apartado de la principal arteria de comunicación que discurría entre la frondosa arboleda.

Miró la hora.

Había llegado puntual a la cita que había concertado aquella misma mañana por teléfono y mientras aguardaba a su pareja se preguntó qué aspecto tendría ésta.

Sacó la mano por la ventanilla para sacudir la ceniza del cigarrillo.

De repente, reconoció a la mujer que avanzaba hacia él.

Llevaba un uniforme blanco, con la falda a la altura de las rodillas y un delantal de tablas sujeto por un par de anchos tirantes.

La cabeza iba cubierta con un pequeño y almidonado gorro blanco que apenas cubría el pelo rubio peinado en un sencillo moño.

El rostro, sin apenas maquillar, contribuía a dar al conjunto el aire severo y saludable.

—Tuve que hacer un esfuerzo para reconocerte —comentó Peter Stacy, abriendo la portezuela del automóvil—. Sube, querida.

La muchacha se acomodó en el asiento y cerró la puerta antes de ofrecer los labios al hombre.

Un largo beso les unió durante unos segundos al cabo de los cuales, Peter Stacy, separándose ligeramente de su pareja, la contempló con una sonrisa irónica.

—Estás perfecta, querida. ¡Nunca lo hubiera pensado! No creo que haya en todo Nueva York una *baby-sisting*[1] tan preparada como tú...

—No te burles de mí —respondió la mujer—. He tenido que esforzarme para aprender a caminar con estas ropas. ¡No es tan sencillo!

—Eres capaz de cualquier cosa. Siempre he confiado plenamente en ti, querida.

La tenía estrechamente abrazada en la cómplice soledad del arbolado paseo y nuevamente ambos se unieron en una caricia lenta y apasionada.

—Te echo tanto de menos estos días —murmuró la uniformada niñera.

—Yo también a ti, querida. Todo parece vacío sin tu presencia...

—¿Se acuerdan de mí? Me refiero a alguien que no seas tú, claro.

Peter Stacy acarició el mentón femenino antes de responder.

—Constantemente se habla de ti...

Al decir aquello, su gesto se tensó.

—¿Qué pasa? ¿Ocurre algo? —preguntó inquieta la mujer.

—Nada que deba alarmarnos...

—¡Dime lo que sea! ¡Quiero saber todo lo que ocurre!

—Sólo así podremos triunfar en nuestro empeño —le pidió.

Buscó la mirada de Peter Stacy, quien titubeó antes de responderle. Pero en lugar de hacerlo le preguntó a su vez:

—¿Has recibido algún aviso ya de la agencia? Debes tener mucho cuidado con las llamadas. Cualquier error podría hacer que sospecharan...

—Anoche estuve cuidando a un par de críos mientras sus padres se iban al Metropolitan... ¡Eran demonios!

Peter Stacy sonrió ante el comentario de su pareja. Pero pronto se olvidó de aquello para volver al asunto que le interesaba:

—Anoche estuvo un hombre preguntando por tu pobre hermanita...

Al decir aquello puso un énfasis especial en sus dos últimas palabras y ambos sonrieron con complicidad.

Sin embargo, el rostro de la mujer pronto se cubrió de una intensa palidez.

—¿Quién era? ¿Cómo te lo quitaste de encima?

—Al parecer unos amigos le habían hablado de la maravillosa Fiona Allen... Y acudió al

Bom-Bing

Club con el único objeto de conocerla...

—Prefiero que no te fíes de esos estúpidos —comentó con desprecio.

—No lo hago. No creas que soy un incauto. De todas formas, ya le eché encima a los amigos de Ernard...

—¿Han vuelto a ir?

—Sí, por lo visto se han convertido en clientes asiduos del Bom-Bing

Club —comentó con sorna Peter Stacy—. Les hablé de ese tipo y parecieron muy interesados en lo que les decía... Así que me imagino que ellos mismos se encargarán de quitarle las ganas de meter la nariz en el asunto.

—Pobre hombre, quizá fuera verdad la historia que te contó.

—¡Lo dudo! No tenía el aspecto de un provinciano que va a la gran ciudad en busca de picantes aventuras...

Peter Stacy guardó silencio al ver que un automóvil se acercaba al suyo.

Pero apenas vio que éste les rebasaba, perdiéndose por la revuelta del sendero volvió a hablar:

—¿Cuándo me darás la mercancía?

—No hay ninguna prisa... ¡Hay que tener calma! Y dejar pasar el tiempo antes de pensar en vender.

—Ya te dije que conozco a un par de individuos que podrían servirnos.

Los ojos verdes de la mujer adquirieron una inusitada dureza.

—¡No se te ocurra mencionar para nada ninguna pieza del lote! ¡Sería un error por tu parte!

—Son de confianza. Y además solo es un tanteo sin importancia. No pensaba especificarles de lo que se trataba.

—¡Ni aun así! Los amigos de Ernard deben conocer a varios tipos dispuestos a comprar y podría ser que alguno de tus «contactos» les fuera con el chivatazo.

Aquella posibilidad pareció disgustar profundamente a Peter Stacy.

—Está bien, querida. Tú sabes más que yo de esa gente... —la tranquilizó—. Esperaremos tanto como creas conveniente.

—Merece la pena aguardar cuando se trata de disfrutar un millón de dólares..., ¿no crees?

Los ojos del hombre brillaron codiciosos.

—¡Seguro! Nos iremos lejos de aquí y nadie podrá encontrarnos.

—Has adivinado mi pensamiento, Peter. Dentro de un tiempo prudencial podremos largarnos de Nueva York sin que nadie sospeche. Y entonces será el momento de deshacernos de la mercancía...

—¿Quieres decir lejos de aquí?

—Sí, cualquier país sudamericano será un buen lugar para encontrar comprador. Y allí estaremos por igual lejos del alcance de los amigos de Ernard y de la policía.

—La policía no tiene nada que ver en todo este asunto. Ningún periódico ha hecho mención alguna de que existiera relación entre los cadáveres del puente Irving y el robo de las Galerías...

—Sí, es cierto. Y eso nos da un gran margen de movimientos...

Peter Stacy se volvió hacia su uniformada acompañante.

Para el premio que les aguardaba bien valía la pena.

Un millón de dólares era una cantidad demasiado tentadora para quien, como él, llevaba más de diez años detrás de la barra sirviendo bebidas a cambio de una paga miserable.

Estrechó el cuerpo de la mujer entre sus brazos y se imaginó el momento en que ambos se encontraran lejos de Nueva York con aquel millón de dólares en su poder.

—Seremos muy felices, querida. Tendremos de todo...

CAPÍTULO VI

Baxter Kaplant se detuvo en el último escalón del tramo que conducía al segundo piso.

Hasta él acababa de llegar el ruido de un cajón al ser cerrado con brusquedad, procedente de la puerta, que quedaba al otro lado del descansillo.

Sobre la madera se veía claramente pintada la letra «D». Y allí era donde Ernard Curtis tenía su habitáculo.

Aguardó durante unos segundos para comprobar sin posibilidad de error la procedencia de los ruidos y terminó su ascensión.

Cruzó el descansillo y empuñó la automática antes de situarse junto a la puerta.

Escuchó con el oído pegado a la hoja de madera y no tuvo dificultad en reconocer lo que estaba ocurriendo en el interior del apartamento.

Rápidamente decidió cuál iba a ser su siguiente paso.

Se acercó a la única ventana que tenía el rellano y, asomándose al exterior, comprobó las características del patio.

El examen le hizo sentirse satisfecho. La casa carecía de escalera de incendios y el hecho de hallarse en el segundo piso suponía la necesidad absoluta de que los hombres que, en aquellos momentos, se hallaban en el interior del piso de Ernard Curtis, debieran abandonar éste por el mismo lugar que habían utilizado para su entrada.

Se acercó a la puerta con la pistola empuñada y se preparó a intervenir.

Acercó el cañón del arma a la cerradura y disparó por dos veces contra ella.

Inmediatamente apoyó el hombro en la hoja de madera y empujó con todas sus fuerzas hacia el interior, haciendo saltar con facilidad la cerradura.

Apenas habían sonado las detonaciones, pero su apagado estampido fue suficiente para alertar a los dos hombres que, desde hacía más de media hora, estaban registrando febrilmente el interior del piso.

La entrada de Baxter Kaplant los sorprendió en distintos lugares del piso.

Ambos corrieron hacia el pasillo, pero no llegaron a salir a él, pues el agente federal había tomado ya posesión del lugar.

—¡Entréguese! —les gritó sin demasiadas esperanzas de que aceptaran su invitación.

Al mismo tiempo corrió hacia la puerta, que quedaba a su izquierda, y, abriendo fuego contra el hueco del fondo del pasillo, obligó a uno de sus adversarios a replegarse.

Sintió que un balazo se incrustaba en el muro, que quedaba a su espalda, y, agachándose en ángulo recto, se coló de un salto en la pieza de la izquierda.

Su cabeza se estrelló contra el cuerpo del hombre refugiado en ella.

Ambos rodaron sobre la alfombra, derribando una pequeña mesita, que se quebró bajo su peso.

La mano de Baxter Kaplant se movió con centelleante rapidez y su «Luger» se estrelló en el rostro del fulano que había quedado bajo su cuerpo.

La cabeza del hombre salió despedida contra el pavimento mientras un surco ensangrentado cortaba su pómulo izquierdo.

Baxter escuchó entonces un leve ruido tras él.

Con una pasmosa rapidez de reflejos, se lanzó hacia la derecha mientras un nuevo estampido se producía junto a la puerta.

El proyectil se hundió en el tórax del pistolero, que acababa de ser golpeado por Baxter, en tanto que éste giraba sobre sí mismo para enfrentarse a su nuevo enemigo.

Lo vio de pie junto a la jamba de la puerta, con una automática empuñada y una luz homicida en sus ojos saltones.

—No saldrás vivo de aquí —masculló, volviendo el arma hacia el agente.

Pero Baxter Kaplant se puso en pie de un salto y se arrojó a la izquierda en el momento en que el fulano apretaba por tercera vez el gatillo de la automática.

Después alargó los brazos y se lanzó hacia él, derribándole sobre la alfombra.

Ambos rodaron por el suelo, derribando un par de sillas, antes de que Baxter consiguiera agarrar la muñeca armada de su rival.

Los dos lucharon desesperadamente por mantener el cañón de la automática lejos de su cuerpo, pero aquel fulano poseía una fortaleza fuera de lo común.

Pulgada a pulgada, Baxter Kaplant vio cómo su brazo era forzado hasta que el arma quedó enfrentada a su costado.

Comprendió que si no la apartaba de allí, antes de un segundo, tendría un proyectil alojado en el cuerpo.

Reunió todas sus fuerzas y se venció hacia el lado opuesto para desnivelar al pistolero en el instante en que éste oprimía el gatillo.

El plomo se hundió en el entarimado del suelo y aquel fallo desconcertó al rival de Baxter.

Éste, sin embargo, comprendió que debía actuar con rapidez y decisión.

Elevó la mano izquierda en el aire y golpeó con el canto de ella el cuello del rufián, haciendo que éste exhalara un ronco grito de dolor.

Después retorció la muñeca armada del fulano y, girando con rapidez sobre sí mismo, se lo cargó a la espalda para proyectarle contra el pesado taquillón que cubría una de las paredes de la habitación.

El choque fue brutal, pero a pesar de ello el pistolero se incorporó con la agilidad de un felino.

Baxter se aproximó a él y le propinó un puntapié en el rostro para obligarle a ceder.

Se inclinó luego sobre él y, agarrándole de las solapas de la chaqueta, le obligó a incorporarse.

—¡Ahora vas a decirme lo que hacíais aquí! ¿Qué veníais buscando?

Le aplastó contra el muro, mientras la sangre seguía manando abundantemente de la nariz machacada del fulano.

Éste le miró con odio antes de mascullar:

—No sé de lo que me estás hablando...

Baxter Kaplant le sacudió con violencia.

—¡No quieras hacerte el gracioso! Tu amigo y tú habéis venido a

buscar algo. ¡Y quiero saber lo que era!

Estaba decidido a arrancar a aquel individuo la razón de su presencia en el apartamento de Earnard Curtis.

Necesitaba hacerlo, pues estaba seguro que allí se hallaba gran parte de la clave para averiguar las verdaderas razones de la muerte del pistolero y la chica.

—¡Habla de una vez! —Se impacientó, acercando el rostro del prisionero al suyo—. Es un consejo de amigo...

Sin soltar sus solapas, le hizo dar media vuelta y le arrojó sobre una de las sillas que aún quedaban en pie.

—Te llevaré a la Jefatura y allí te haremos hablar —decidió.

Sólo en aquel instante se dio cuenta Baxter Kaplant del error que había cometido.

Pero con un gesto de impotencia comprendió que era demasiado tarde para poner remedio a la situación.

El tipo, que había sido herido por su propio compañero, al tratar éste de eliminar al agente, acababa de moverse en el suelo apenas Baxter varió su posición.

Era el momento en que el fulano de la silla abría los labios para decir:

—Si hablo luego lo tendrán en cuenta, ¿verdad?

No llegó a escuchar la respuesta del agente, pues un seco balazo se hundió en su pecho, a la altura misma del corazón, sellando sus labios para siempre.

Baxter se revolvió furioso hacia el tipo que acababa de disparar.

—Si tienes fuerzas para apretar el gatillo, también las tendrás para hablar —gruñó, desarmándolo de un puntapié.

Pero en eso se equivocaba el agente del FBI.

Y no tardó en comprobarlo, pues apenas se inclinó sobre aquel hombre advirtió que éste había empleado sus últimas fuerzas para evitar que su compañero hablara.

Un vómito de sangre vino a poner fin a su vida y Baxter Kaplant notó, por su rigidez, que sólo era ya un cadáver.

Se puso en pie y se dijo que nada iba a sacar ya de aquellos dos hombres.

Salió al pasillo y recorrió el apartamento, cuyas habitaciones mostraban las señales inequívocas de un registro meticoloso.

Los cajones estaban abiertos, la ropa de los armarios fuera de su

sitio, el suelo lleno de papeles y los muebles cambiados de lugar.

Descolgó el teléfono y marcó el número del inspector Skin.

—Estoy en el apartamento de Earnard Curtis —le informó al establecer la comunicación—. Me encontré a un par de tipos que lo estaban revolviendo todo. Sin duda, buscaban algo que no encontraron... Sí, ya se lo pregunté. Pero quisieron matarme y ahora son ellos los que están muertos... Ya le explicaré...

Acababa de despedirse, cuando oyó que alguien abría la puerta del piso.

—¿Qué ha pasado? ¡Levante las manos!

Baxter se volvió al oír aquella orden, pronunciada por el policía de servicio de la zona a cuyo lado se encontraba el portero del edificio.

—¡No se mueva de donde está! Y arroje su arma al suelo.

Baxter dejó la «Luger» sobre la mesa y aclaró su identidad:

—Pertenezco al FBI, agente... Si desea comprobarlo puede sacar, usted mismo, mi carnet. Fui yo quien disparó contra los dos hombres que están muertos ahí dentro.

El policía se acercó a él con el revólver empuñado y una luz de desconfianza en sus ojos.

—Está bien —aceptó después de comprobar la identificación acreditativa de su calidad de agente del Federal Bureau of Investigation—. El portero escuchó los disparos y salió a buscarme.

—Acabo de avisar al Bureau para que envíen algunos agentes —habló Baxter, autoritariamente—. Así que quédese ahí fuera hasta que lleguen y procure que nadie entre hasta entonces.

Aguardó a que los dos hombres salieran del piso y regresó junto a los cadáveres para registrar sus bolsillos con detenimiento.

No encontró nada de interés en ellos y mientras aguardaba la llegada de sus compañeros del Bureau, aprovechó para revisar, a su vez, el apartamento.

Sin embargo, no esperaba hallar nada demasiado importantes, pues estaba seguro que los dos hombres a los que había encontrado en él ya lo habían hecho con meticulosidad.

Se puso un cigarrillo en los labios y trató de hallar respuesta a la pregunta clave de todo aquel asunto:

«¿Qué habrán venido a buscar esos dos hombres?», pensó, mirando en torno suyo.

Unos minutos más tarde escuchó la voz calmosa del inspector Skin, procedente del pasillo.

—¿Qué pasó, Kaplant? —preguntó a su hombre, precediendo a los agentes de la Sección de Identificación.

—Ya se lo expliqué por teléfono, inspector —respondió Baxter, llevándoles hasta la habitación donde se había desarrollado la lucha—. Sorprendí a estos dos hombres registrando el piso y cuando les di el alto comenzaron a disparar.

El tejano asintió mientras se volvía a los de Identificación.

—¡Quiero la máxima información sobre estos dos hombres a la mayor brevedad posible! —les ordenó tajante—. ¡Comiencen a trabajar! Y tan pronto tengan algún resultado, envíemelo a mi despacho.

Salió del cuarto seguido por Baxter, quien le puso al corriente de su visita, la noche anterior al

Bom-Bing
Club.

—Me gustaría saber lo que Earnard Curtis podía tener de interés para que esos tipos se expusieran a venir aquí a buscarlo.

—Comienzo a imaginarme de lo que podía tratarse, inspector... —respondió Baxter, sin entrar en mayores explicaciones.

—¿Qué sospecha?

—Prefiero reservármelo por el momento si no tiene inconveniente, señor. Quizá esté equivocado y no valga la pena ni siquiera mencionarlo.

El inspector Skin se pasó la mano por sus cabellos grises y miró al hombre que tenía ante él.

No quiso insistir, pues conocía a Baxter Kaplant y sabía que éste tenía una forma especial de trabajar.

—Confío en que sea otra de sus corazonadas, Kaplant. De todas formas no abandone esa idea que se le ha ocurrido...

—De acuerdo, señor. ¿Va a quedarse? —preguntó al tejano.

—Sí, esperaré a que terminen los de Identificación. Usted puede marcharse, Kaplant... ¡Y suerte con la corazonada!

Baxter sonrió antes de abandonar el apartamento de Earnard Curtis y dejó el edificio para dirigirse hacia el lugar donde había dejado aparcado el coche.

Mientras iba hacia el *drugstore*, envuelto en la riada de

circulación de la gran ciudad, aprovechó para meditar en la idea que acababa de surgir en su mente a raíz de su visita al piso de Earnard Curtis.

Manejó el volante con habilidad, pero con el pensamiento ajeno por completo al tráfico.

Poco a poco fue perfilando su sospecha, dándole forma, hasta que cada uno de los detalles terminó por encajar en su sitio.

Todo quedaba perfecto, pero sólo se trataba de elucubraciones sin ningún apoyo real y que, por lo tanto, estaban expuestas a que cualquier golpe de aire las destruyera.

Entró en el *drugstore*, donde había quedado citado con Jocelin para almorzar y aguardó a que la muchacha llegara.

No tardó en escuchar su voz alegre tras él:

—¿Cómo está mi querido «sabueso»?

—Dándole vueltas a la cabeza —respondió, ofreciéndole un taburete—. Es lo único que, por el momento, puedo hacer. ¿Qué tal te ha ido?

Jocelin se encaramó en lo alto del taburete y miró al agente con picardía.

—Tengo una cosa para ti —anunció misteriosa.

Baxter conocía aquel tono y sabía que cuando Jocelin lo empleaba podía esperarse cualquier cosa de ella.

—¿No vas a preguntarme de lo que se trata? —Se impacientó la muchacha con un encantador mohín de desilusión.

—Está bien —asintió Baxter—. ¿Qué sorpresa me tienes reservada?

—Ya sabes que pensaba ir a tomar unas fotos en la Galerías Therry & Lancaster

para reunir material para mi reportaje. Pero luego cambié de idea. Al fin y al cabo es más importante lo que hace mon homme [2] que mi propio trabajo —explicó con su mejor acento parisién.

—Acaba de una vez —pidió Baxter mientras el camarero ponía ante ellos un par de platos con hamburguesas y huevos revueltos con jamón—. ¿De dónde vienes?

—Recordé que estabas muy interesado en cierta dirección...

Baxter se volvió sobre el taburete mientras la mostaza se derramaba fuera del plato.

—¿Qué significa eso, Jocelin? No habrás ido a casa de Romina

Enger, ¿verdad?

—Sí, pero no he hablado con esa chica si es eso lo que te interesa. Entre otras cosas porque sigue sin aparecer. Desde que salió ayer, a eso de las cinco, para ir, como todos los días, al

Bom-Bing

Club, no ha vuelto a su casa.

—¿Entonces?

—No es ningún delito contra las leyes federales consultar un listín telefónico, ¿verdad, querido?

Baxter Kaplant se armó de paciencia.

—Pero ese listín del que hablas se encontraba en el interior de una vivienda privada.

—Bueno, pero ya estaba en el cuarto piso y a causa del calor todas las ventanas se hallaban abiertas. La escalera de incendios pasaba prácticamente al alcance de mi mano y ya sabes que soy débil ante ciertas tentaciones.

Baxter no necesitó que Jocelin terminara de explicarle su «excursión» mañanera.

—¡Te juro que fui directamente al anuario telefónico! ¡No toqué absolutamente nada del piso!

Jocelin se metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó una hoja de papel doblada en cuatro.

Baxter Kaplant leyó lo que la muchacha había escrito en ella:

«Ginger Allen, 589, Firth Avenue. Teléfono
695 39 65».

—¿No me das las gracias, «sabueso»? Sólo he intentado suplir a esa amiga tuya del

Bom-Bing

Club.

—Ya no tiene remedio —replicó Baxter, sin ablandarse—. Pero en adelante será mejor que te dediques a tus fotos y a tus artículos. O acabarás metiéndote en dificultades...

Jocelin apoyó su menuda mano en el brazo de su prometido.

—Por ti haría cualquier cosa —murmuró mimosa.

Baxter se metió un trozo de jamón en la boca mientras contemplaba, una vez más, las señas de la hermana de Fiona Allen.

Jocelin, junto a él, pareció adivinar su pensamiento al decir:

—Si lo deseas, te acompañaré a visitar a esa chica. Las mujeres tenemos más habilidad para desenvolvemos en estas situaciones...

CAPÍTULO VII

Baxter Kaplant apartó el dedo de pulsador y se volvió hacia el hombre que acababa de abrir la puerta opuesta del descansillo.

—No se molesten en llamar. La señorita Allen no regresará hasta más tarde...

Jocelin cruzó el rellano y se detuvo frente al hombre.

—Pensamos que íbamos a encontrarla en casa —comentó con la más encantadora de sus sonrisas.

—Esa muchacha trabaja a todas horas —explicó el vecino de Ginger Allen—. Y no me extraña con el oficio que tiene...

Baxter aguardó con impaciencia a que el hombre siguiera hablando, pues todo lo relacionado con la hermana de Fiona le interesaba.

—La vida está cara, los impuestos altos, pero cada vez hay más criaturas en el mundo. Y no lo digo sólo por mí, que tengo seis «bambinos» y uno más en camino —dijo el hombre, delatando su origen italiano—. Ahora que eso de contratar a una niñera como la señorita Allen para que los cuide no entra dentro de mi presupuesto. ¡Mi mujer ha de luchar con esos seis diablos todo el día sin ninguna clase de ayuda! Y no como esa gente que deja a sus chicos al cuidado de una niñera mientras ellos van a divertirse al teatro y a los *cabarets*...

—Tiene mucha razón —asintió Jocelin con simpatía—. No debe ser fácil criar a seis criaturas.

—Y que lo diga, signorina... —exclamó su interlocutor.

Baxter le agradeció su información y aguardó a que el hombre cerrara la puerta del piso de cuyo interior brotaba el llanto de un chiquillo.

—No tuvimos suerte —comentó Jocelin mientras descendían las escaleras del inmueble.

Éste se hallaba encuadrado en una zona humilde en uno de los

barrios más populares de Nueva York, ocupado en su mayoría por emigrantes y gentes de color.

—Yo no diría tanto —objetó Baxter—. No hemos conseguido ver a Ginger Allen, pero al menos sabemos a lo que se dedica.

—¿Es importante eso?

—Creo que sí —asintió el agente al abrir la puerta del automóvil—. En mi trabajo hasta el más mínimo detalle puede servir de ayuda a la hora de llegar a una conclusión válida.

Jocelin tenía que entregar en la Redacción un par de originales y Baxter se despidió de ella ante el edificio del periódico.

Pensaba ir aquella noche al

Bom-Bing

Club, pero tenía que hacer una visita al piso de Fiona Allen.

Se alejó de la Redacción donde trabajaba Jocelin camino del East River.

Era el momento en que Dorian Chief cerraba con fuerza los dedos sobre el auricular del teléfono al escuchar lo que Errol estaba diciéndole desde una cabina pública.

—Está bien, vente para acá —respondió antes de colgar con brusquedad.

Se pasó la mano por los ojos y abrió la caja de los cigarros para tomar uno de ellos y comenzar a masticarlo con nerviosismo.

Se acercó a la puerta y llamó:

—¡Gordon! ¡Ven enseguida!

—¿Qué sucede? ¿Ha llamado ya Errol?

Adivinó por la expresión de su jefe que aquél había llamado y que sus noticias no habían sido, precisamente, nada buenas.

—Sí, lo ha hecho. ¡Y la situación se ha complicado!

—¿Por qué? ¿Qué les ha pasado a Giles y a Buck?

—¡Olvídate de ellos! Un tipo del FBI los sorprendió dentro del piso de Earnard...

El rostro de gorila de Gordon se contrajo en una mueca de inquietud.

—¿Qué hacen los federales metidos en esto? —murmuró—. El robo de joyas nunca ha sido delito federal.

—No lo sé, pero el caso es que los dejó «fritos» a los dos. Y a estas horas todo el FBI debe andar intentando establecer la relación que pudiesen tener Giles y Buck con Earnard...

—¿Qué vas a hacer?

Los párpados de Dorian Chief cayeron sobre sus ojos saltones mientras su cerebro trabajaba febrilmente.

—¿Cómo están Farell y Tom? —preguntó a su hombre.

—Mejor. ¿Quieres verlos?

—Sí, de momento será mejor quitarnos de en medio. No creo que los del Bureau lleguen hasta nosotros. Pero por si acaso prefiero que si lo hacen no encuentren nada...

Cruzaron el salón y, después de atravesar un oscuro pasillo, Gordon abrió una puerta.

En el interior de la habitación un par de hombres se entretenían ante un tablero de «damas».

—Tenéis visita —les anunció.

La presencia de Dorian Chief en el umbral hizo que ambos se pusieran atropelladamente en pie mientras un gesto de temor se pintaba en sus rostros.

Los dos hombres parecían haber regresado de un combate en Vietnam o de la peligrosa experiencia de un rodeo.

Sus rostros mostraban cortes y moraduras mientras que uno de ellos tenía el brazo izquierdo colgado en cabestrillo y su compañero la mano izquierda vendada.

Fue Farell quien primero habló.

—¿Qué pasa, Dorian?

Había temor en su voz, pero el aire de Dorian Chief no recordaba en absoluto al que tenía instantes después de que se produjera la huida de Earnard Curtis con el botín.

—¡Recoged vuestras cosas! Y ayuda a Gordon a que no quede nada que pueda comprometerlos...

Aquello significaba que volvían a quedar integrados en el grupo después del brutal castigo que había recibido de manos de sus propios compañeros a raíz de que Earnard Curtis los narcotizara.

Dorian Chief los había hecho llevar al garaje y allí, bajo su fría mirada de pez, había ordenado golpearlos hasta que ambos fueran solamente un par de peleles ensangrentados.

Gordon asintió a las palabras de Dorian.

—Nos llevaremos los dos coches... —Se volvió al jefe antes de que éste se alejara de nuevo hacia el despacho—. ¿Qué hacemos con la chica? No podemos dejarla aquí...

Dorian Chief asintió.

—Nos ocuparemos de ella esta noche. Además, no quiero dejar su coche en el garaje... ¡Moveos aprisa!

En las horas siguientes la mansión que tenía alquilada Dorian Chief vivió una actividad extraordinaria pues todas sus habitaciones fueron repasadas en evitación de dejar nada que pudiese comprometer a sus ocupantes.

Sólo cuando la noche cayó sobre la ciudad se vio luz en el garaje.

El «Packard» de Romina Enger seguía en el mismo lugar donde ésta lo había dejado la noche anterior.

Gordon se situó al volante y lo hizo avanzar hasta el comienzo de la rampa después de que el «Buick» de Dorian Chief fue maniobrado por Errol para quedar en posición de salida.

—No olvides lo que debes hacer. Y en cuanto te hayas deshecho del coche y de la chica te reúnes con nosotros en el lugar convenido.

—Procura no retrasarte demasiado —le pidió Errol que era el encargado de recogerle.

Errol se había sentado ante el volante del «Buick» mientras Farell y Tom se acomodaron en la parte de atrás y Dorian Chief lo hacía al lado del conductor...

Errol se adelantó a abrir las puertas metálicas y el «Buick» salió a la calle con un suave ronroneo del motor alejándose en dirección a la Columbus Avenue.

Aproximadamente a la misma hora Baxter Kaplant descendía las escaleras del

Bom-Bing

Club después de que el portero del establecimiento le abriera la puerta del mismo.

Como la noche anterior todas las mesas se hallaban ocupadas y la pista parecía insuficiente para dar cabida a las parejas que se movían en ella al ritmo de la melodía interpretada por el conjunto del local.

Baxter se acercó a la barra y buscó entre los bailarines a Romina Enger.

Las luces parpadeantes apenas iluminaban el local, pero Baxter no tardó en comprobar que la chica no estaba a la vista.

Se volvió hacia el tipo que le había servido la noche anterior.

—Y Romina, ¿no está por ahí? —le preguntó.

La coctelera que el barman estaba agitando suavemente a la altura de su rostro se detuvo al reconocer a su cliente.

—Veo que no tiene suerte, amigo... —contestó con una sonrisa apagada—. Anoche preguntaba por Fiona y no la encontré. Hoy lo hace por Romina y ésta no ha venido...

—¡Qué extraño! —respondió Baxter, tomando el vaso que Peter había puesto ante él—. Quedamos en vernos esta noche aquí.

—No será la primera chica que le da plantón, ¿verdad?

—No, creo que no... Mis amigos no van a creérselo cuando se lo diga.

Peter sirvió el cóctel que estaba preparando y regresó frente a Baxter.

—Ya me habló anoche de ellos. Son los que le recomendaron el Club, ¿verdad?

—Más bien me recomendaron a esa chica que murió en el accidente. Me refiero a Fiona —aclaró.

Peter le contempló con atención.

Baxter se dio cuenta de ello y compuso un gesto de distracción, aprovechando la aparición en la pista de las chicas del Magic Black «Ballet».

Se dio cuenta que el barman estaba más predispuesto aquella noche a hablar con él de lo que se había mostrado la anterior.

Decidió aprovecharlo.

—Me gustaría que me hablara algo sobre Fiona —le dijo mientras el resto de los clientes del

Bom-Bing

Club, seguían las evoluciones de las bailarinas.

Media docena de chicas iguales en estatura y en medidas anatómicas, ataviadas todas ellas con un diminuto «dos piezas» plateado que contrastaba violentamente con el tono oscuro de su piel.

—¿Qué quiere que le diga? —respondió Peter, apoyándose en la barra—. Mejor que yo lo harían sus amigos. Además, cuando uno está trabajando, tiene poco tiempo de atender a las atracciones...

—Bueno, pero una mujer como Fiona —insistió Baxter, fingiendo un entusiasmo sin límites por la chica del *strip-tease*—.

Una mujer como ella no se veía todos los días.

—Puede que sea cierto. Pero ya ve, el Club sigue estando lleno a pesar de que ella falta...

—Estoy seguro que todos ustedes la echan de menos...

Peter apartó la mirada del hombre que tenía acodado frente a él. Pero Baxter volvió al tema que le interesaba.

—Incluso me habían dado su dirección... —comentó—. Aunque no debía ser una mujer al alcance de cualquiera, ¿verdad?

No pudo precisar la expresión de su interlocutor, pues en aquel momento las luces de la sala se oscurecieron por completo al dar por terminadas sus evoluciones las seis muchachas negras del Magic Black «Ballet».

—En fin, ya no vale la pena seguir dándole vueltas. Mi viaje a Nueva York no habrá servido para nada. ¡Lástima!

Giró sobre el taburete y contempló la abigarrada multitud que llenaba el

Bom-Bing

Club y que, según avanzaba la noche, iba haciéndose más pintoresca.

Aún se entretuvo media hora más, tomando otra copa antes de dejar el local.

Subió la estrecha escalera y salió a la calle, caminando un par de manzanas en dirección a la avenida principal de Broadway.

Al hacerlo pasó por la salida trasera del

Bom-Bing

Club y se preguntó lo que habría sido de Romina Enger después de que la joven abandonara su trabajo la noche anterior.

La primitiva impresión que le había producido la chica persistía aún con fuerza en su mente.

Y Baxter sabía que raras veces se equivocaba al juzgar a una persona.

Era un hábil psicólogo y aquello le había valido muchos triunfos en los cuatro años que llevaba como agente activo del FBI.

Ahora no iba a ser una excepción. Romina Enger pareció dispuesta a ayudarle y el hecho de que se hubiese quedado con su teléfono le hizo preocuparse por su suerte ante su desaparición.

Pero aquel asunto no entraba ya dentro del ámbito del Bureau aunque pudiera estar relacionado con el caso que se hallaba

investigando y pudieran facilitarle la aclaración del mismo.

«Hablaré con el capitán Night. Le pediré que busquen a esa chica... Ellos, como Policía Metropolitana, podrán hacerlo», se dijo mientras volvía hacia el lugar donde había dejado aparcado el automóvil.

Calculó que aún tendrían que pasar más de tres horas hasta que el

Bom-Bing

Club cerrara sus puertas.

Pero Baxter sabía esperar. Sobre todo cuando consideraba la posibilidad de que aquella espera pudiera producirle algún resultado positivo.

Había dos hechos que le invitaban a ello. Por una parte la desaparición de Romina Enger exactamente después de haber hablado con ella en la barra del

Bom-Bing

Club sobre Fiona Allen. Por la otra, y aquello era importante, la foto que tenía en el bolsillo.

Una pequeña instantánea de las que se hacen automáticamente en las casetas de tiro al blanco del Parque de Atracciones.

Era raro el visitante que no probaba fortuna con una carabina ante la diana en cuyo centro se hallaba el disparador de la cámara fotográfica que al ser golpeado por el perdigón retrataba al ganador.

Jocelin y él tenían una buena colección de fotografías como aquella, ya que la muchacha era una gran aficionada a todos los aparatos del parque al que solían acudir a menudo.

Se llevó la mano al bolsillo y sacó la pequeña cartulina en la que, sobre un fondo de cabezas borrosas, se distinguía claramente a una pareja.

La mujer tenía el rostro guiñado y una carabina apoyada en su hombro derecho. Junto a ella, sonriente, se veía a un hombre de unos cuarenta años, con los cabellos rubios peinados sobre la frente.

Baxter miró una vez más aquella fotografía y se preguntó lo que habría pensado Ernard Curtis de haberla tenido entre las manos.

La rubia Fiona, el número fuerte de *strip-tease* de

Bom-Bing

Club, pasando unas horas de diversión en el Parque de Atracciones

junto al encargado de la barra del *cabaret*.

Aquel Peter Stacy a quien tan indiferente parecía haber sido a la muerte de Fiona.

Baxter se puso un cigarrillo entre los labios y, estirando las piernas, se dispuso a esperar.

CAPÍTULO VIII

—¡Adelante, Kaplant!

Joseph Skin fijó la vista en el agente mientras preparaba una serie de papeles que tenía sobre la mesa.

No necesitó preguntarle el resultado de sus pesquisas del día anterior pues el gesto de su hombre era lo suficientemente expresivo para adivinar que nada positivo había obtenido de ellas.

—Tengo ya los informes de la Sección de Identificación —le anunció alargándole los papeles y fotografías que tenía ante él—. Pero no creo que nos sirvan de gran cosa.

—¿Estaban en nuestros archivos? —preguntó Baxter mientras leía los nombres y demás datos de los muertos.

—Los dos se hallaban fichados, pero hasta ahora habían trabajado siempre por su cuenta...

—Ya veo... El tal Giles había sido condenado dos veces por asalto a mano armada, pero siempre actuando en solitario. Y el otro en parecidas condiciones —leyó las fichas Baxter.

Contempló las fotografías que habían sido tomadas en el piso de Earnard Curtis mientras el inspector Skin preguntaba:

—¿Cómo van esas hipótesis?

Se sorprendió al ver el gesto de Baxter Kaplant, pues por primera vez desde que había entrado al despacho el ceño adusto del agente se abrió en una leve sonrisa.

—Creo que lo suficientemente bien como para seguir insistiendo en ellas —respondió—. Aunque ayer no diera más que palos de ciego.

Se dio cuenta que no había dicho exactamente la verdad. Y se corrigió.

—En realidad no todo salió mal. Mire esto...

Joseph Skin contempló la fotografía que Baxter acababa de entregarle.

—Muy interesante —comentó burlón—. ¿Quiénes son?

—La chica es Fiona Allen, la que acompañaba a Earnard Curtis en el accidente —explicó Baxter—. Y él es el barman del Club donde esa mujer trabajaba.

Sintió que los ojos negros del tejano le contemplaban a la espera de una explicación.

—La encontré en el apartamento de la chica. En el fondo de un cajón, como si no hubiera querido tenerla demasiado a la vista de su amiga oficial. Además, cuando la otra noche hablé con otra de las chicas del Club, ésta no mencionó para nada que entre el barman y Fiona Allen existiese la menor intimidad.

—¿Adónde quiere llegar, Kaplant? Esa mujer está muerta y no veo la importancia que pueda tener el que fuera a pasar una tarde al Parque de Atracciones con el barman del *cabaret* donde trabajaba.

Baxter apoyó el mentón en la mano y buscó las palabras precisas para interesar a su superior.

—Hace muchos días que estoy dándole vueltas a este asunto, inspector. Al principio me hice cargo de la localización de los tipos que habían asesinado a Glen Morrison. Después me fijé la tarea de encontrar las joyas de la Galería

Therry & Lancaster

y a fuerza de masticar siempre lo mismo creo que tengo mi propia versión de los hechos.

Joseph Skin sabía que a veces el hablar de un asunto en voz alta ayudaba a comprender nuevos perfiles que hasta entonces habían pasado desapercibidos.

Se reclinó en la silla giratoria y aguardó a que Baxter Kaplant siguiera hablando.

—Tenemos el asalto a las Galerías. Cinco individuos enmascarados se llevan joyas valoradas en un millón de dólares y a la salida disparan sobre el único testigo que intenta detenerlos. Sólo es fortuito el que la víctima sea uno de nuestros agentes, pues Glen Morrison pasaba por la Park Avenue en camino hacia su casa...

—Siga, Kaplant.

—Eso es lo que nos hace tomar el asunto en nuestras manos. Pero unos días después del robo, el único asaltante que conocemos resulta muerto en un estúpido accidente de carretera. Y digo

estúpido porque nadie utiliza el puente Irving para ir a ningún lado y no parece lógico que ese tipo escogiera ese lugar para dar un paseo romántico con la misma mujer que tenía por amiga íntima desde hacía meses...

—¿Entonces?

—Eso es un punto sobre el que volveré luego —señaló Baxter—. Sabemos, por otra parte, que Ernard Curtis es uno de los cinco hombres que robaron las joyas de las Galerías

Therry & Lancaster.

Y a las pocas horas de que los periódicos publiquen la noticia de su muerte, sorprende a un par de tipos en su apartamento revolviendo desde las lámparas hasta los ladrillos en busca de algo que ni ellos ni nosotros hemos encontrado.

Las pupilas del tejano brillaron intensamente, pues su fino instinto comenzaba a señalarle el punto al que Baxter Kaplant quería llegar.

—Supone que puede tratarse del botín de las Galerías, ¿verdad? —apuntó con su habitual lentitud.

—¿Por qué no? Es la única razón lógica para justificar la febril actividad que esos dos fulanos estaban desarrollando cuando ayer los sorprendí en el piso de Curtis.

—Entonces el accidente de Ernard Curtis pudo producirse cuando éste trataba de alejarse de Nueva York después de haberse apoderado de las joyas robadas...

Baxter cabeceó negativamente mientras se esforzaba por hallar una explicación a aquel punto.

—El camino del puente Irving no lleva a ninguna parte —objetó—. Un hombre que escapa con un millón de dólares y que conoce las leyes del hampa no se mete en una desviación solitaria para abrazar a su pareja.

—Tiene razón, Kaplant. Si Curtis y esa bailarina estaban huyendo con las joyas debían tener mucho interés en poner la mayor cantidad posible de millas entre los secuaces de él y su coche.

—Eso es lo que me ha hecho sospechar que haya algo falso en todo esto. Y voy a averiguarlo, aunque para ello tenga que buscar a Fiona Allen en el infierno.

—Un momento, Kaplant —pidió el inspector Skin—. Hemos

quedado en que Fiona Allen murió en el puente Irving.

—El cadáver de la mujer sólo fue identificado porque cerca del coche donde su cuerpo se consumía entre las llamas apareció su documentación en el interior de un bolso de mano. Cualquiera pudo poner ahí esos papeles y arrojar otro cadáver de mujer en su lugar...

Joseph Skin aceptó tal posibilidad.

—¿Qué iba a hacer entonces Earnard Curtis con esa otra mujer muerta en el automóvil? El cadáver femenino no pudo comprobarse si tenía heridas de bala, pero el del hombre no mostraba señal alguna de violencia salvo los golpes que produjeron su muerte al despeñarse el automóvil desde el puente.

—Ya sé que hay muchos puntos oscuros, inspector. Pero tenga la esperanza de que todos queden aclarados en un mínimo plazo.

—Aún no me ha hablado de la importancia que puede tener en el caso la foto que encontró en el apartamento de Fiona Allen —le recordó el tejano, contemplando de nuevo la instantánea de aquélla y el barman.

—Si existía alguna relación entre ellos es algo que ambos se cuidaron de ocultar. Ni siquiera Romina Enger, compañera y amiga íntima de Fiona, lo sospechaba.

—Quizá tuvieran miedo de que Earnard Curtis quisiera defender su «propiedad».

—Hay otra cosa, inspector. Romina Enger desapareció horas después de que hablara conmigo sobre Fiona en el Club...

—¿Qué tiene que ver eso con el barman?

—El era el único que sabía que Romina y yo hablábamos de Fiona —explicó—. Y si a esa chica le ha ocurrido algo me gustaría saber quién lo ha hecho.

—Ya conoce lo que son esas mujeres de los *cabarets*, Kaplant. Quizá le estemos dando demasiada importancia a un asunto que no la tiene —comentó Joseph Skin—. Esa Romina pudo encontrar algún amigo a última hora...

Baxter Kaplant se negó a aceptar tal posibilidad. No tenía ninguna razón para justificar tal negativa, pero confiaba en su instinto.

Y sabía que Romina Enger se habría puesto en contacto con él en caso de que cualquier imprevisto la hubiese obligado a faltar de

su apartamento al día siguiente de la entrevista que ambos habían mantenido en el Club.

—Esta mañana temprano hablé con el capitán Night —informó a su superior—. Y le pedí la ayuda de la Metropolitana para localizar a esa chica.

—De acuerdo. Esperemos que todas sus sospechas se vean confirmadas, Kaplant —le deseó el tejano.

Baxter recordó a Romina y lamentó que fuese necesario tal condición para que sus hipótesis encajaran.

—Me llevo la fotografía, inspector. Quizá me haga falta...

—Adelante, Kaplant. Confío en que todo resulte como usted dice.

—Espero que así sea, señor. Ese estúpido accidente de Earnard Curtis se presta a muchas interpretaciones. Por eso quiero que envíe un par de hombres a vigilar a Peter Stacy, el barman del

Bom-Bing
Club.

Joseph Skin asintió.

—De acuerdo, Kaplant. ¿Algo más?

—Sí, también quisiera que la hermana de Fiona Allen estuviera vigilada. Hasta que sepamos qué es exactamente lo que ocurre, todos los que han tenido alguna relación con Earnard Curtis y la chica deben ser objeto de nuestra atención.

El interfono que Joseph Skin tenía sobre la mesa comenzó a emitir su sonido característico.

El tejano levantó la palanca y escuchó el mensaje.

—De acuerdo, Stont. ¡Súbamelo! —pidió al hombre que acababa de hablarle a través del aparato.

Después levantó la vista hacia Baxter y le invitó a quedarse.

—Echaremos un vistazo a esos informes. Quizá nos den más luz sobre el hombre para el que trabajaban Giles y su secuaz.

Baxter cabeceó afirmativamente mientras se ponía un cigarrillo en los labios. Conocía la eficacia de los hombres del archivo y sabía que éstos habían estado trabajando incansablemente sobre los datos que el Departamento de Identificación les había proporcionado de los dos hombres sorprendidos en el piso de Earnard Curtis.

Consultó la hora en su reloj de pulsera y se dijo que aún tenía tiempo antes de acudir a casa de Ginger Allen.

Jocelin le esperaba ante el edificio del periódico, vestida con una minifalda de cuero y un ajustado jersey sin mangas.

Baxter abrió la portezuela para que la muchacha subiera al automóvil y arrancó de nuevo hacia la Fifth Avenue.

—¿Qué tal te fue anoche en tu segunda visita al Bom-Bing

Club? ¿Hiciste alguna nueva conquista? —le preguntó Jocelin mientras observaba el tráfico de la Quinta Avenida a la que acababan de desembocar.

Baxter conocía aquel tono agresivo, ligeramente mordaz, y se dijo que la muchacha no se encontraba de buen humor aquella mañana.

—Se diría que estás celosa, querida —comentó.

—¡Eso es lo que tú te crees! —replicó Jocelin—. Por mí puedes pasarte toda la noche en cualquiera de esos antros de Broadway.

—¿Te han despedido del periódico?

—¿A mí? ¿Por qué iban a hacerlo?

—Por tu forma de hablar, querida —respondió Baxter tranquilamente—. Ni siquiera me has dado un beso al subir al coche y aún no te he visto sonreír...

Jocelin se quitó con brusquedad la mano que Baxter acababa de apoyar en su pierna, a la que la minifalda de cuero dejaba prácticamente al descubierto.

—Vaya, ya veo que tienes calor —se burló el agente, volviendo a manejar el volante con ambas manos.

—¡No, no tengo calor! —explotó Jocelin, volviéndose hacia él—. Pero soy la chica más estúpida que jamás te has echado a la cara.

—¿Y eso?

—Tengo en mis manos la mejor historia de mi carrera y estoy dejándola escapar por tu culpa —se lamentó—. Jamás creí que conocería a un tipo como tú que me hiciera olvidar mis obligaciones profesionales.

—¿Otra vez con eso, Jocelin? Te pedí que no publicaras nada y me diste tu promesa de no hacerlo —le respondió Baxter, enfilando la Fifth Avenue.

—Ya lo sé... Y por eso me estoy llamando idiota desde ayer, «sabueso». Además, el «dire» estaba hoy de mal genio y lo ha pagado conmigo —explicó—. Tendré que entregarle algo

interesante para que se calle o de lo contrario pondrán a otros en ese trabajo.

—Si la suerte me acompaña, podrás ofrecer a tus lectores las primicias sobre los autores del asalto a las Galerías Terry & Lancaster.

Y contarles, además, algo muy interesante.

—¿Como qué? —preguntó Jocelin, con los ojos brillantes de excitación.

Baxter detuvo el coche frente al inmueble donde Ginger Allen vivía.

—Ya hablaremos de ello más tarde —le dijo—. Ahora será mejor que subamos a ver a «nuestra» niñera.

Una vez más se enfrentaron a la estrecha escalera, llena de los olores más variados, que llevaba hasta el piso de la hermana de Fiona Allen.

Esta vez no tuvieron que esperar inútilmente en el descansillo, pues apenas se escuchó el zumbido del timbre al otro lado de la puerta se oyeron unos pasos femeninos que se acercaban.

—¿Qué desean? —preguntó una mujer joven y rubia, vestida con uniforme blanco.

—¿Señorita Allen? —preguntó Baxter, mostrando su identificación de agente del Bureau—. ¿Podríamos pasar?

La ocupante del piso parpadeó sorprendida ante la inesperada visita. Pero reaccionó con prontitud y se hizo a un lado para que Baxter y Jocelin entraran.

—¿A qué se debe su visita? —preguntó al agente, invitándoles a pasar a un pequeño saloncito amueblado con sencillez.

—Se trata de su hermana Fiona, señorita Allen —anunció Baxter.

El rostro sin maquillar de la niñera se contrajo como si el nombre de su hermana la causara un profundo malestar.

—¿Qué pasa con ella, agente? —preguntó con inquietud—. En realidad sabía que antes o después ocurriría algo de esto.

—Aún no le he dicho de lo que se trata, señorita Allen. ¿A qué se refiere usted?

Ginger Allen se retorció las manos con nerviosismo.

—A nada en particular. Pero con la vida que lleva mi hermana, moviéndose en ese ambiente de *cabarets* y corrupción nada de lo

que ahora me diga puede sorprenderme.

Jocelin se rebeló ante aquella rigidez puritana de la niñera, pero se mantuvo en silencio, escuchando lo que Baxter estaba diciendo.

—A pesar de ello estoy seguro que lo que voy a decirle la sorprenderá, señorita Allen. Y de una forma dolorosa.

Baxter Kaplant hizo una leve pausa y buscó los ojos verdes de su interlocutora antes de añadir:

—Su hermana ha muerto... Encontró la muerte en un accidente de automóvil a poca distancia de Nueva York, en una desviación de la carretera nacional...

Ginger Allen parpadeó sorprendida como si no hubiera entendido lo que acababan de decirla. Después las palabras de Baxter Kaplant se abrieron paso en su mente y un seco sollozo la hizo doblarse hacia adelante.

Se ocultó la cara con las manos mientras Jocelin y el agente cambiaban una mirada.

—Acepte mis condolencias, señorita. Lamento haber sido el portavoz de tan triste noticia.

—No es culpa suya. Alguien tenía que hacerlo y siempre es mejor haberme enterado así que si lo hubiera leído en los periódicos.

—Bien pudo haber sucedido así —asintió Baxter—. La noticia fue publicada en las páginas de sucesos de todos los diarios.

—No tengo demasiado tiempo de leer. Y mucho menos la sección de sucesos.

Ginger Allen parecía haberse tranquilizado. Por eso Baxter se atrevió a pedirla.

—Hábleme de su hermana, señorita Allen... No se veían demasiado a menudo, ¿verdad?

Ginger Allen se pasó la punta de la lengua por sus labios pálidos, sin rastro alguno de pintura, y comenzó a hablar...

CAPÍTULO IX

Baxter Kaplant se puso en pie con una sonrisa.

—Gracias por su valiosa colaboración, señorita Allen.

—Siento no haberles podido ser de mayor utilidad. Pero mi hermana y yo apenas nos veíamos —se disculpó la niñera, acompañándoles hasta la puerta.

—De todas formas ha hecho todo lo que estaba en su mano. Y lo que lamento es que no conociéramos antes su dirección para habernos puesto en contacto con usted.

Ginger Allen suspiró con resignación.

—Ahora que todo ha pasado solo me cabe el consuelo de que la pobre Fiona ha encontrado el descanso que tanto necesitaba.

Les abrió la puerta mientras estrechaba la mano que Jocelin le tendía. Después se volvió hacia Baxter.

—Se me olvidaba, señorita Allen. ¿Conoce a este hombre?

El agente colocó la instantánea del Parque de Atracciones ante los ojos de Ginger cuyas pupilas parecieron achicarse al ver la fotografía.

—El hecho de que acompañara a su hermana en el momento de hacerse esta foto nos induce a pensar que entre ambos existieran ciertos lazos...

—No, no le he visto nunca —respondió Ginger, retirándose hacia el interior del pasillo—. Como puede imaginarse si apenas veía a mi hermana es imposible que conozca a los hombres que frecuentaba.

—Tiene razón —reconoció Baxter, guardando de nuevo la foto en su chaqueta—. Le prometo que la tendré al tanto de nuestras investigaciones.

—Espero que la pobre Fiona no se hallara mezclada en ese asunto de las joyas.

—Lo sabremos pronto, señorita Allen. Todos los encartados se

hallan bajo estrecha vigilancia y muy pronto quedará todo aclarado.

Baxter Kaplant estrechó la mano de la enfermera puericultora y salió tras Jocelin que ya había empezado a bajar las escaleras.

Apenas hablaron hasta llegar al automóvil.

—¿Qué te ha parecido, «sabueso»? —preguntó la muchacha tan pronto ambos se acomodaron en el interior del coche.

Baxter puso el motor en marcha antes de contestar.

—Ha sido una visita muy provechosa —comentó al tiempo de observar a los dos hombres que ocupaban un «Chrysler» azul oscuro.

Eran los agentes que había pedido al inspector Skin que enviara para vigilar a Ginger Allen y al verlos frente a la casa se sintió mucho más tranquilo.

—¿Por qué consideras que ha sido provechosa la entrevista con esa chica? Me estaba poniendo enferma con su rigidez puritana —exclamó Jocelin con un mohín de enfado.

—Ten en cuenta que entre ambas hermanas existía una barrera infranqueable. El mundo de una bailarina de *strip-tease* es muy distinto al de una chica que se dedica a cuidar niños.

Jocelin captó cierto matiz de ironía en las palabras de su novio. Y se volvió hacia él:

—Estás pensando algo distinto a lo que dices, «sabueso». ¿De qué se trata?

—Si ya tuviéramos ese par de chiquillos con los que tanto soñamos puedes estar segura de que no se los confiaría a la Allen... —le dijo.

—¿Por qué? Ginger nos dijo que llevaba más de cuatro años ganándose la vida como *baby-seating*. Y esa experiencia es suficiente para confiar en ella.

—Te he dicho que no dejaría mis hijos al cuidado de la Allen, pero no he nombrado para nada a Ginger...

Las pupilas de Jocelin brillaron con intensidad.

—¿Quieres decir que...?

No terminó la frase, pues Baxter Kaplant la completó por ella.

—... Esa chica con la que hablamos no es Ginger Allen.

Hubo unos segundos de silencio durante los cuales ninguno habló.

Jocelin se preguntó las razones que habrían inducido a Baxter a

hacer tal afirmación.

Fue éste quien habló de nuevo.

—Esa mujer se mostró como una consumada actriz, pero creo que se pasó de la raya. Quiso dar tanta veracidad a su papel que lo desorbitó.

—Si esa mujer no es Ginger Allen, ¿quién puede ser?

Baxter la miró con el rabillo del ojo, sorprendido ante aquella pregunta.

—¿Dónde has dejado tu instinto de sagaz periodista, querida? Estás en muy baja forma...

Se interrumpió al escuchar que le llamaban desde la Central por el transmisor que llevaba acoplado al coche.

Tomó el micrófono y respondió a la llamada.

—Baxter Kaplant a la escucha. Adelante, inspector... ¡Cambio!

—Tengo algo para usted, Kaplant —anunció el tejano a través del altavoz—. Hace media hora que telefoneó el capitán Night. Sus hombres acababan de «pescar» algo para usted. Alguien había denunciado que había un coche hundido en uno de los muelles y al sacarlo han identificado a la mujer que estaba dentro...

Baxter sintió que un nombre subía a sus labios.

Pero Joseph Skin lo pronunció como confirmación de su corazonada.

—Se trataba de Romina Enger. La chica tenía el cuerpo machacado a golpes y un par de balazos en el vientre. Eso confirma parte de sus teorías, Kaplant. ¡Cambio!

Baxter tardó unos segundos en poder articular palabra, pues su cerebro estaba trabajando febrilmente.

—Exacto, inspector —admitió—. Lo que lamento es que haya tenido que ser la vida de Romina Enger el precio que tuviéramos que pagar. ¡Cambio!

—Nada más, Kaplant. Pedí a ese irlandés que me enviara el informe completo por uno de sus hombres y espero que nos llegue de un momento a otro... ¡Cambio!

—De acuerdo, señor. ¡Cambio y fuera!

Jocelin adivinó que el trágico final de Romina Enger había afectado a Baxter a pesar de que éste, por su profesión, estaba habituado a tratar con la muerte.

—Fue mía la culpa —se acusó—. Debí poner a esa chica bajo

vigilancia la misma noche que hablé con ella...

—No podéis colocar a un hombre junto a cada persona con la que habláis en relación con un caso —trató de justificarle Jocelin—. Entonces el Bureau no tendría bastantes agentes...

—Pero hay casos en los que es preciso hacerlo —insistió Baxter—. Y cuando hay un millón de dólares en juego no se pueden descuidar ciertos detalles. La vida humana no vale nada para ciertas gentes cuando se trata de conseguir el botín.

Pero ahora ya no tenía remedio. Romina Enger había tratado de ayudarle y ello le había costado la vida.

—Ahora sólo espero hallar a los hombres que lo hicieron...

—¿Sospechas quiénes pudieron ser?

—Los mismos que trataron de matarme en el piso de Earnard Curtis. Ellos y yo perseguimos lo mismo y antes o después volveremos a encontrarnos.

Baxter estaba seguro de aquello.

Ignoraba la identidad del hombre que había organizado el audaz asalto a las Galerías de Subasta

Therry & Lancaster,

pero quienquiera que hubiera sido en aquellos momentos estaba moviendo todos sus peones para recuperar el botín que Earnard Curtis le había arrebatado.

Las piezas que en un principio se habían mostrado rebeldes a encajarse en un todo, ahora, poco a poco, iban configurando el rompecabezas en cuyo centro figuraba la fabulosa colección de joyas que el suizo François Therry y su socio Lancaster se disponían a subastar ante compradores de todo el mundo.

—¿Dónde vamos? —preguntó Jocelin al ver que Baxter se dirigía hacia el Central Park.

—Te dejaré donde quieras —respondió—. Después iré a hacer cierta visita.

Jocelin se rebeló ante aquel intento de Baxter por deshacerse de ella.

—¡Ni lo sueñes, «sabueso»! Sin mi valiosa ayuda estarías aún como al principio —le recordó—. No olvides que la dirección de Ginger Allen te la proporcioné yo, jugándome la vida al saltar por la escalera de incendios.

Baxter endureció el gesto.

—No insistas, Jocelin —le pidió con severidad—. Y no hagas que me arrepienta de haberte permitido acompañarme en la visita que acabamos de hacer.

Jocelin conocía aquel tono y sabía que cuando Baxter lo empleaba era inútil discutir con él.

—Para aquí mismo —le pidió, enfadada—. No es necesario que te molestes en llevarme al periódico.

Baxter no se hizo repetir el ruego. Detuvo el coche con un suave frenazo y retuvo durante unos segundos a Jocelin, abrazándola por el tallo.

—Sigue en pie la promesa de la exclusiva. Pero no quiero que te veas complicada en mi trabajo. ¿De acuerdo?

Jocelin mantuvo su gesto de enfado mientras se quedaba en el borde de la acera viendo partir al automóvil de su prometido.

Aguardó inmóvil hasta que éste dobló por la primera esquina. Después agitó la mano sobre la cabeza y mandó detenerse a un taxi que se acercaba.

Peter Stacy dio media vuelta al llavín y avanzó con rapidez hacia el teléfono que, insistentemente, estaba repiqueteando desde hacía varios segundos.

Lo descolgó y respondió a la llamada.

—¿Qué pasa? ¿Cómo es que me llamas a estas horas? —preguntó al escuchar la voz de la mujer que le hablaba a través del hilo telefónico—. Salí a por algo de comer y al subir escuché el timbre del teléfono...

Se interrumpió al darse cuenta que la voz femenina sonaba tensa, preocupada.

—Procura calmarte —le recomendó—. Y explícamelo todo desde el principio. Todo está saliendo perfectamente y no hay motivo para alarmarse.

Estaba seguro de ello.

—¿Qué es lo que ha pasado? Tú eras la primera en mostrarte tranquila hasta ayer mismo...

Durante casi un minuto estuvo escuchando el torrente de palabras que le llegaba a través del auricular. Y según iban pasando los segundos su rostro iba adquiriendo un gesto de preocupación.

Apretó los dientes y exclamó:

—¡Jamás creí que guardaras esa fotografía! Y mucho menos en

estos momentos. Debiste pensar que iban a registrar de arriba abajo tu apartamento y lo que menos nos interesa es que puedan relacionarnos...

Sólo habían pasado un par de minutos desde que descolgara el teléfono, pero ahora Peter Stacy sentía una extraña sensación en la boca del estómago.

No era un hombre valiente y jamás se había sentido enfrentado a un juego tan peligroso como el que estaba protagonizando desde hacía días.

Pero aquél era el precio que debía pagar a cambio de dejar para siempre su existencia gris de encargado de bar. Y el premio valía la pena.

Un millón de dólares y una mujer como Fiona Allen.

La voz de ésta llegó hasta él llena de excitación. La visita del agente del FBI había tensado sus nervios al máximo y ahora estaba desahogándose después del mal rato pasado.

—Me dieron la sensación de que sospechaban de ti. Me dijo que todos los que estabais relacionados conmigo... Bueno, con Fiona Allen, ibais a ser puestos bajo vigilancia.

—Tranquilízate. No pueden probar nada...

—Esos hombres son muy astutos y si comienzan a investigar llegarán a descubrir lo que se propongan. Creo que ha llegado el momento... ¿Estás ahí, Peter?

El prolongado silencio del barman hizo que Fiona formulara aquella pregunta.

La mano de Peter Stacy se cerró con fuerza sobre el auricular.

—Claro, querida, te escucho... Sigue —la invitó a continuar.

—No sé, pero creo que sería mejor desaparecer...

—¿Ahora?

—Sí, quizá dentro de unas horas ya sea demasiado tarde. Ten en cuenta que no sé absolutamente nada sobre el cuidado de los niños y en cuanto me sometan a un interrogatorio sobre el tema será facilísimo descubrir la suplantación.

Peter comprendió que aquello era cierto.

—No tienen por qué hacerlo. Nadie puede notar la diferencia entre tú y tu hermana y ya viste que nadie dudó a la hora de identificar su cadáver...

Sin embargo, la voz de Peter Stacy había perdido convicción. Y,

poco a poco, el temor de su cómplice se iba adueñando de él.

—Lo de hoy ha sido sólo la primera visita. Y ese hombre del FBI puede volver en cualquier momento —insistió Fiona asustada—. Además, venía con él una mujer. Quizá fuera una enfermera especializaba en niños y aunque no tratamos el tema pudo darse cuenta de algo... ¡Tenemos que huir!

—¡Pero con las joyas! —exigió Peter con firmeza—. Dime dónde las tienes e iré a recogerlas. Después podemos reunimos y alejarnos de Nueva York hasta un lugar apropiado para salir del país.

La voz de Fiona Allen perdió por unos instantes el temblor de inquietud que la había dominado hasta entonces para dejar paso a la desconfianza.

—Yo iré a por ellas —exclamó—. Después partiremos como lo habíamos planeado hacia Canadá. Y desde Toronto volaremos a cualquier país sudamericano.

—Se diría que desconfías de mí... —objetó Peter molesto.

—No es eso... Pero ya viste lo que les ocurre a los estúpidos que se confían —replicó Fiona con su característico cinismo—. Mucho mejor les hubiera ido a Ernard y a mi hermanita si no se hubiesen mostrado tan confiados...

CAPÍTULO X

Peter Stacy detuvo el coche junto a la esquina de la calle Seventh con la Avenue of the Americans.

—¡Sube! —dijo a Fiona, abriendo la portezuela de su lado—. ¿Dónde vamos?

Vestía el traje blanco de enfermera y su rostro, sin maquillar, mostraba una expresión tensa.

—Hacia el Holland Tunnel —indicó al barman del Bom-Bing

Club, sacando un paquete de cigarrillos del bolsillo del delantal del uniforme—. ¡Y date prisa!

No se habían visto desde el día anterior, pero su reciente conversación telefónica estaba fresca en el recuerdo de ambos.

El tráfico a aquella hora era intenso y, a pesar de la recomendación de su cómplice, Peter Stacy se vio obligado a avanzar con lentitud ante la riada de automóviles que se movían en su misma dirección.

—¿Comprobaste si te seguían? —le preguntó tras los primeros momentos iniciales de silencio.

Los ojos verdes de la bailarina atisbaron a través de la ventanilla trasera del coche, como si temiera que, efectivamente, alguien la siguiera.

—He tomado mis precauciones —le tranquilizó—. Además al salir de casa no vi a nadie.

—Será mejor que no te fíes de tu perspicacia —murmuró Peter nervioso—. Esos hombres del FBI pudieron quedarse vigilando en la Fifth Avenue.

Fiona dio una chupada al cigarrillo que mantenía entre los dedos.

—Si lo hacían me habrán seguido sólo hasta la agencia. Fui a ella para cubrir esa eventualidad. El otro día, cuando acudí a por

una de las fichas de la casa a la que debía asistir, me di cuenta que había una salida trasera que utilizaban muchas de las niñeras...

Apenas había durado un par de minutos la estancia de Fiona en la agencia de colocaciones encargada de distribuir las niñeras a su servicio por las casas que lo solicitaban.

Sólo había cambiado un par de saludos con dos compañeras que la dieron el nombre de «Ginger» antes de cruzar el pasillo que llevaba a los servicios y abandonar el edificio por la parte de atrás.

—Allí cogí un nuevo taxi hasta el principio de la Seventh —explicó a su compañero—. Así que puedes seguir tranquilo.

A través del espejo retrovisor Peter Stacy miró los automóviles que circulaban tras el suyo y se dijo a sí mismo que no había motivos para alarmarse.

Al menos por el momento.

—Creo que a estas alturas podías decirme dónde están las joyas —se quejó con acritud—. Planeamos juntos todo esto y me molesta verme al margen...

—En cuanto crucemos el Hudson te lo diré —retrasó aún Fiona el momento de compartir con su amigo el lugar del paradero del botín del robo de las Galerías

Terry & Lancaster.

—¡Ese maldito debe pensar tenerme todo el día atascado aquí! —masculló furioso Peter Stacy, claxonando repetidas veces al automóvil parado ante el suyo.

—Sentí que las piernas me temblaban cuando ese agente del FBI me mostró la foto que nos hicimos en el parque —comentó Fiona, recordando la visita que le había hecho el hombre del Bureau.

—Espero que no se te notara demasiado, querida —exclamó Peter temeroso—. He oído que esos tipos saben leer el pensamiento.

—No será para tanto. Ya te dije que había representado el papel de mi hermanita a la perfección. Ni ella misma lo hubiera hecho mejor —se burló Fiona mientras el coche continuaba de nuevo su camino hacia el río Hudson.

Diez minutos más tarde el auto enfilaba el Holland Tunnel antes de desembocar en la carretera nacional número doce.

Por ella pudo Peter Stacy rodar a mayor velocidad de lo que lo había hecho hasta entonces.

—¿Ahora hacia dónde? Ya cruzamos el Hudson y creo que va

siendo hora de que dejes a un lado tus precauciones, querida. ¡No voy a hacer contigo lo que tú con Ernard Curtis!

A Fiona no la hizo maldita la gracia el comentario de su acompañante. Aplastó con rabia el cigarrillo en el cenicero y se volvió a él con un gesto de ira.

—¡Eres demasiado estúpido para intentarlo siquiera! —le dijo con desprecio—. ¡De no haber sido por mí te hubieras pasado el resto de tu vida sirviendo detrás de un mugriento mostrador! Es para lo único que sirves...

Peter apartó por unos momentos la mirada de la ancha cinta asfáltica que se extendía ante ellos para contemplar a la bailarina.

—¡Cuidado con lo que dices! Además fuiste tú la que me propusiste el negocio —le recordó—. Así que no debí parecerle tan mal...

Fiona soltó una carcajada hiriente, cargada de desprecio.

—Necesitaba a alguien que me ayudara. Hubiera podido deshacerme de Ernard yo sola y quedarme con las joyas, pero creía que sería más seguro tomar la personalidad de Ginger durante algún tiempo.

—Y para eliminar a tu hermana pensaste en mí, ¿verdad?

Peter tuvo que volver a concentrar toda su atención en el volante para corregir el bandazo que, el coche había dado al acercarse peligrosamente al bordillo.

—¡Cuidado! —chilló Fiona, saliendo despedida contra la portezuela—. Al menos ocúpate del volante...

—¡Tú tienes la culpa! ¡Me pones nervioso con tu maldita forma de hablar! —gritó colérico el barman.

Ambos tenían los nervios a flor de piel y además se sentían bajo el peso de su responsabilidad. No era que les importaran demasiado las dos vidas que habían dejado atrás sino que lo que les inquietaba era la posibilidad de tener que pagar por aquellos crímenes.

—¡Fuiste tú quien empezó! —le acusó Fiona—. Y ahora ve con atención. Tenemos que desviarnos al llegar a la indicación del camino que lleva al puente Irving.

Los dedos de Peter Stacy se engarfiaron sobre el aro del volante al escuchar el nombre desde el que su cómplice había arrojado al fondo del abismo los cadáveres de Ernard Curtis y Ginger Allen.

La bailarina adivinó sus pensamientos. Y, una vez más, rompió

en una risa insultante.

—¿Tienes miedo?

—No seas idiota. Pero podías haber escogido otro lugar para ocultar las joyas...

Se calló al ver la señalización correspondiente al desvío. Giró el volante hacia la izquierda y metió el coche por la carretera arenosa que llevaba al viejo puente de madera.

—¿Qué quería que hiciera con ellas? Si las hubiera llevado a mi apartamento a estas horas estarían en poder del FBI y tampoco podía esconderlas en casa de mi hermana.

Peter no se dio por vencido.

—Dejarlas cerca del lugar del accidente también supone un gran riesgo. Parece lógico pensar que la policía haya registrado todos estos lugares una vez y otra...

La mano de Fiona se cerró sobre el brazo del hombre con tal fuerza que éste sintió como las largas uñas se hundían en su piel a través de la chaqueta.

—¿Para qué iban a hacerlo? La policía no tiene ni idea de que Ernard escapara con las joyas robadas. Hoy mismo, ese agente del FBI, sólo habló de la posibilidad de que Fiona Allen estuviese mezclada en ese robo por el hecho de ser amiga de Ernard Curtis. Pero no se le ocurrió mencionar que lleváramos el botín de las Galerías en el momento de caer por el puente.

—Es cierto —asintió Peter—. ¿Es por aquí?

Sólo estaban a unas cien yardas del comienzo del puente de madera cuya baranda había sido ya reparada después del «accidente».

—Para un momento... —pidió Fiona, abriendo la portezuela—. Antes de un minuto podrás contemplar esa colección de joyas.

Fiona reconoció el paraje con facilidad.

Sólo unos pocos días antes había hecho que Ernard Curtis detuviera su automóvil prácticamente en aquel mismo lugar mientras se disponía a dar el último paso que la permitiera apoderarse del producto del robo de las Galerías

Therry & Lancaster.

Para ello había hecho que el pistolero dejara su automóvil ante el hotel y manejara el «wagon» que, previamente, Peter Stacy había situado ante la salida trasera del establecimiento donde se

hospedaba.

Fiona avanzó por la senda arenosa hasta llegar a un grueso eucalipto que se elevaba majestuoso junto al camino.

Lo rodeó y se dirigió sin titubeos hacia unas rocas que marcaban el comienzo del desnivel que, sólo unas yardas más adelante, se convertía en un profundo tajo de más de cien pies de profundidad.

Se arrodilló sobre ellas y metió la mano entre la hendidura que se abría en la de mayor tamaño.

No tardó en rozar con la punta de los dedos la cálida superficie del estuche de terciopelo.

Tiró de él fuera de la roca y lo contempló con una sonrisa codiciosa en su bello rostro mientras tanteaba las diversas piezas a través del tejido.

Se puso en pie y caminó de nuevo hacia el sendero de arena donde Peter Stacy la esperaba en el automóvil.

Sintió la tentación de contemplar de nuevo las joyas, pero prefirió hacerlo dentro del coche.

Llegó junto al eucalipto...

—¡No te muevas, querida! Y dame las joyas...

Peter Stacy acababa de rodear el grueso tronco del árbol para situarse a espaldas de la bailarina.

Empuñaba un revólver y su gesto decidido atestiguaba que no bromeaba.

Fiona se volvió hacia él mientras cerraba ambas manos sobre la bolsa de terciopelo.

—¿Estás bromeando, Peter? ¿Qué significa ese revólver? Vayamos al coche.

Peter Stacy negó, con la cabeza mientras se aproximaba a ella con la mano izquierda extendida.

—¡Entrégame las joyas, Fiona! —insistió—. No se trata de ninguna broma. Simplemente voy a demostrarte que no soy tan estúpido como parece creer... ¡Quiero ese millón para mí solo!

Fiona retrocedió un par de pasos mientras sus ojos verdes se clavaban en la boca del revólver que empuñaba el barman.

—No puedes hablar en serio, querido —murmuró con voz insegura—. Hemos soñado tantas veces lo que haríamos cuando nos deshiciéramos de las joyas que no puedes renunciar ahora a todo ello.

—Nada va a cambiar. Lo importante es que yo tendré ese dinero y con un millón de dólares se pueden encontrar centenares de mujeres como tú...

—Pero yo te amo... —le recordó Fiona, con voz cálida—. Te he amado siempre y te haré muy feliz. Juntos nos espera una vida maravillosa.

El barman sonrió burlón.

Alargó la mano con viveza y, cerrando los dedos sobre el estuche de terciopelo, tiró de él.

—¡No voy a dejar que te lo lleves! —chilló Fiona, luchando por la posesión de la bolsa—. Eres un cerdo traidor y no vas a salirte con la tuya.

Peter Stacy elevó la mano derecha y el revólver cayó sobre el rostro de la bailarina quien retrocedió hacia atrás con un gesto de dolor.

Aquello permitió al barman arrancarle el estuche de las joyas con una sonrisa de triunfo en su pálido rostro.

—Ahora ya no volverás a decir que no sirvo para nada. Voy a enviarte a hacer compañía a tu hermanita... ¡Al fin y al cabo fuiste tú la que me explicó cómo debía deshacerme de ella! Y ahora te demostraré que soy un buen alumno.

Los ojos de Fiona se hallaban dilatados por el terror.

La sangre chorreaba del corte que tenía en la mejilla, manchando la blanca pechera de su uniforme de enfermera, pero aquello no parecía preocuparla.

Elevó las manos como si quisiera detener la muerte que se avecinaba. Buscó los ojos del barman y balbuceó suplicante:

—Por favor, Peter, no dispares... Puedes llevarte las joyas. No diré una sola palabra. No me importa que te gastes el dinero con otras mujeres, pero no me mates... ¡No quiero morir!

El gesto de Peter Stacy no se alteró al elevar unas pulgadas la dirección del revólver que empuñaba.

—Demasiado tarde, querida —murmuró—. Dejarte con vida sería tanto como tener una piedra colgada al cuello. ¡Y quiero volar solo!

Su dedo se engarfió sobre el gatillo del revólver mientras Fiona retrocedía con gesto de espanto en sus ojos verdes.

Fue en aquel instante, coincidiendo con su grito de terror,

cuando se escuchó el brusco chirrido de unos neumáticos al frenar sobre el sendero.

Varias portezuelas se abrieron a un tiempo y una voz autoritaria llegó hasta ellos.

—¡Tiren las armas! Están rodeados.

Peter Stacy quedó paralizado al observar el rápido avance de varios hombres hacia él.

Todos llevaban un arma en la mano y apenas le dieron tiempo a reaccionar. Dos de ellos se situaron a sus costados y mientras uno le desarmaba con habilidad, el otro colocó un par de esposas en torno a sus muñecas.

Fiona había aprovechado la presencia de los agentes para emprender una veloz carrera que Baxter Kaplant se encargó de cortar.

—¡Volvemos a vernos, señorita Allen! Aunque ahora podré llamarla Fiona, ¿verdad?

La bailarina levantó el rostro ensangrentado hacia el hombre del Bureau. Se mordió los labios y dejó que Baxter Kaplant se la llevara hacia el coche.

Los otros dos agentes que rodeaban a Peter Stacy le obligaron a caminar en la misma dirección después de haberle cacheado.

Uno de ellos entregó a Baxter Kaplant el estuche de terciopelo después de haber echado un Vistazo a su interior.

—Creo que aquí está lo que buscaba, Kaplant —le dijo—. Deben ser las joyas de las Galerías Therry & Lancaster.

—Sí, se trata de ellas —asintió Baxter, contemplando con dureza a los dos prisioneros—. Un hermoso lote de alhajas por el que esta pareja ha cometido dos asesinatos. Uno el de Ernard Curtis y otro el de...

Hizo una leve pausa y se encaró con Fiona Allen para preguntarle:

—¿El de quién? Porque cuesta trabajo creer que fueses capaz de matar a tu propia hermana para asumir su personalidad. ¡Un juego perfecto y macabro! Dos hermanas gemelas, idénticas en el físico, pero completamente distintas en lo moral...

—¡Yo no maté a Ginger! —se defendió la bailarina, volviéndose hacia Peter Stacy—. ¡Fue él quien lo hizo!

—Sólo cumplí sus órdenes. Fiona me dio la llave del piso de Ginger y me mandó que la estrangulara. Después hizo que la metiera en la maleta trasera del automóvil y dejara el coche junto al hotel donde ella aguardaba a Ernard Curtis.

—¡No es cierto! —chilló Fiona.

—¡Un plan cuidadosamente preparado para apoderarse de las joyas! Después te las ingeniaste para traer hasta aquí a Ernard Curtis y dejarle inconsciente antes de colocar el cadáver de tu hermana en la parte delantera del coche y arrojarlo desde el puente —resumió Baxter—. Tu documentación en el bolso debía servir para que nadie se ocupara de ti mientras este uniforme y tu habilidad de actriz te convertían en Ginger. —Los dos prisioneros adquirieron clara conciencia de que todo estaba perdido. De nada servía que mutuamente se acusaran, pues ambos deberían compartir las mismas culpas.

—Está bien —decidió Baxter—. ¡Metedlos en los coches! Nos las llevaremos al Departamento y allí terminaremos de preparar los cargos.

Agarró a Fiona Allen de un brazo y la hizo entrar en el automóvil.

—Los amigos de Ernard Curtis hubieran dado cualquier cosa por llegar aquí en lugar nuestro. ¡Y entonces vuestro final hubiera sido distinto!

CAPÍTULO XI

Los coches dejaron atrás el puente de Brooklyn después de cruzar el East River.

La noche había caído sobre la ciudad de Nueva York y las luces de los faros taladraban con su potente claridad las sombras.

En uno de ellos Joseph Skin y Baxter Kaplant, acomodados en la parte trasera, hablaban sobre el próximo remate del caso.

—Si esa confidencia es cierta caeremos sobre esos tipos de improviso. No les daremos tiempo a reaccionar —comentó el tejano, observando la carretera desierta.

—No hay motivos para desconfiar de lo que ese hombre nos ha dicho. Al parecer conocía bien a los ocupantes de la casa —respondió Baxter, recordando las palabras de su confidente.

Había llegado al edificio central del FBI después de dejar encerrados a Fiona Allen y Peter Stacy quienes habían confesado su participación en las muertes de Ernard Curtis y la hermana de la bailarina.

Depositó las joyas en una de las cajas fuertes y telefoneó a François Therry para que fuera hasta allí para proceder a la identificación de las piezas robadas en las Galerías.

Pero nada de aquello podía satisfacer a Baxter Kaplant, quien se había hecho cargo de aquel caso con el principal objeto de encontrar y capturar a los hombres que habían ametrallado a Gleen Morrison en la acera de la Park Avenue.

Pasó al despacho de Joseph Skin para darle cuenta de la detención del barman y la bailarina de *strip-tease* del Bom-Bing Club.

—Apenas hablé con esa mujer me di cuenta de que no se trataba de Ginger Allen, a pesar de todo su aire severo. Una *baby-seating* nunca llevaría las uñas largas y, a pesar de haber borrado de ellas

toda huella de pintura, ese detalle fue el primero que me hizo desconfiar sobre su verdadera identidad —informó a su superior.

—Cometió un error al pensar que bastaría el parecido físico que existía entre ambas gemelas para engañarnos.

—En realidad no había contado con que llegáramos a sospechar de ella. Y si sólo se hubiera tratado de cuidar unos niños durante unos cuantos días todo habría ido perfectamente. Sólo quería un poco de tiempo para dejar que se olvidaran del asunto de las joyas.

—Estuvo a punto de costarle la vida —comentó el tejano—. Aunque en realidad hubiera sido justo hasta cierto punto, pues lo mismo había hecho ella antes con Ernard Curtis.

—Pero llegamos a tiempo de evitar que el barman la asesinara. Ahora ambos tendrán que pagar sus culpas en prisión.

Baxter dio por terminado su informe. Pero los hombres que habían acompañado a Ernard Curtis en el asalto de las Galerías

Therry & Lancaster
seguían sin aparecer.

—Espero que los agentes que están buscando al hombre para el que trabajaban Giles y Buck, tengan la misma suerte que los que pusimos a vigilar a la bailarina y su cómplice —comentó el inspector Skin, consultando la hora en el cronómetro que llevaba en la muñeca.

—Yo acababa de llegar ante la casa de Peter Stacy cuando le vimos que subía al automóvil para dirigirse al cruce de la Seventh con la Avenue of the Americans. Allí recogió a la bailarina que ya iba seguida por los dos agentes que había dejado en la Fifth Avenue, ante su casa...

Baxter se interrumpió al escuchar una llamada en la puerta del despacho de Joseph Skin. Éste invitó a entrar al hombre situado al otro lado de la cristalera.

—Ya lo tenemos, inspector —anunció el agente que acababa de entrar—. ¡Hola, Kaplant!

—¿Qué han logrado averiguar? —le preguntó el tejano con impaciencia, pues el hecho de que uno de sus hombres, Gleen Morrison, hubiese caído acibillado a balazos le hacía estar deseoso por capturar a sus asesinos.

—El resguardo de la tintorería nos ha servido para llegar donde queríamos, inspector —explicó el recién llegado, sacando una

libreta del bolsillo—. La encargada desconoció la fotografía de Giles y nos dio la dirección adonde le enviaban la ropa una vez limpia.

—¿Cuál es? —preguntó Baxter, inclinándose hacia su compañero.

—Un viejo edificio simado en una de las calles que se extienden detrás de la Columbus Avenue. Nos acercamos a echar un vistazo, pero los «pájaros» habían volado.

La mano de Joseph Skin aplastó con rabia el cigarrillo en el cenicero.

—¿Registraron el interior?

—Sí, y hablamos con los vecinos... —respondió el agente—. Creo que estamos sobre una pista segura.

Abrió la libreta y leyó las anotaciones que tenía hechas en ella.

—La casa pertenece a un tal Dorian Chief. Bueno, éste no es el dueño, pero hace un par de años que la tiene alquilada y vive en ella en compañía de dos o tres hombres que oficialmente, y de cara al vecindario, trabajan para él como el chófer, secretario y cocinero...

—¿Reconocieron los vecinos alguna de las fotografías? —inquirió Baxter impaciente.

—Sí. Ese Giles y el tipo que le acompañaban eran dos de los elementos que habitualmente residían en la casa. Pero Earnard Curtis también fue reconocido por el encargado de un *drugstore* situado en la manzana de enfrente aunque no pudo precisar dónde vivía. Pero su cara le resultaba familiar y afirmó que frecuentaba la zona.

—Bien, eso justificará nuestra visita a Dorian Chief.

—Es posible que el nombre sea falso, pero antes de subir hasta aquí dejé a Kallagant en los archivos. Quedó en telefonar tan pronto obtuviera algún resultado.

—¿Os dieron la descripción de ese tipo? —preguntó Baxter.

—Sí, cuarenta años, mediana estatura, pelo escaso, rostro redondo y ojos saltones...

—¿Nada más?

El agente se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta de donde sacó algo contenido en el interior de su pañuelo doblado en cuatro.

—Encontramos esto en el suelo del garaje. Es lo único de interés que hallamos en la casa, pues sus ocupantes tuvieron buen cuidado,

antes de abandonarla, de llevarse todo lo que pudiera servir para identificarles.

Joseph Skin desdobló el pañuelo y contempló un colgante de pulsera, tallado en jade con la figura de un Buda panzudo.

—Será de alguna de las amigas de esos...

Se interrumpió al ver que Baxter Kaplant se inclinaba sobre la figurilla.

—¡Un momento, inspector! Ese Buda colgaba de un brazalete que Romina Enger llevaba la noche que hablé con ella en el

Bom-Bing

Club... —exclamó—. Creo que ahora ya sabemos quién la arrojó al puerto.

Media hora más tarde, James Kallagant entraba en el despacho con una sonrisa en su rostro huesudo.

—He preferido subirle yo mismo estos informes, señor. Por teléfono hubiera sido muy largo —explicó al entrar—. El nombre de Dorian Chief no figura en el Archivo, pero Barclay conoce a uno de los tipos que acompañó a ese Giles en el último atraco por el que fue encerrado.

Sólo entonces se dieron cuenta que Tim Barclay estaba en la puerta.

—Tengo a ese fulano localizado día y noche en unos billares de la 37, inspector —informó el tejano—. Una bala le atravesó un pulmón y ahora se gana la vida como confidente de la policía. Estoy seguro que él podrá decirnos algo sobre el hombre para el que trabajaba Giles. En su nuevo «oficio» son necesarios los enlaces y se ha preocupado de mantenerse bien informado sobre el trabajo de sus antiguos compañeros.

Joseph Skin era calmoso en su hablar, pero jamás a la hora de tomar una decisión.

—Entonces vamos a esos billares, Barclay. En cuanto ese hombre hable estaremos en condiciones de coger a los asesinos de Morrison.

Baxter Kaplant salió con ellos mientras Kallagant se adelantaba para pedir un par de coches.

La visita a los billares de la 37 les llevó poco tiempo. Tim Barclay se asomó a la puerta del salón y aguardó a que el antiguo hampón le viera.

Entonces le hizo un gesto y se retiró hacia un callejón lateral

mientras Baxter aguardaba a la entrada del mismo.

Ambos abordaron al confidente al mismo tiempo. Y Tim Barclay fue directamente al asunto que les había llevado hasta allí.

—¡Queremos saber con quién trabaja Giles en la actualidad! El hombre se llama Dorian Chief y hemos estado en su casa tras la Columbus. Pero cuando llegamos se había largado ya de allí. ¡Tú debes saber cuál es su verdadero nombre y dónde podemos encontrarlo!

Baxter cerró su mano sobre el brazo del hombrecillo.

—¡Ese fulano dio muerte a uno de nuestros agentes! —exclamó con voz cortante—. Y si no colaboras ahora con nosotros te acusaremos de complicidad.

Tim Barclay colocó un billete doblado ante el confidente quien pareció más animado a hablar ante la vista de los dólares que con las amenazas del agente.

Ahora, mientras recordaba la escena vivida hacía menos de una hora en el callejón de la 37, Baxter comentó con el inspector Skin:

—Creo que ese tipo de los billares nos dijo cuánto sabía.

—Lo sabremos enseguida —decidió Joseph Skin, inclinándose hacia el agente situado ante el volante—. ¿Cuánto calcula que tardaremos en llegar?

Hacía más de diez minutos que el East River había quedado atrás y los coches avanzaban por la carretera que llevaba a una antigua zona residencial que, con el paso de los años, había perdido gran parte de su carácter distinguido y exclusivista.

Ahora la mayoría de las casas que se alineaban en las largas avenidas arboladas estaban ocupadas por viejas damas que deseaban huir del ruido de la gran ciudad, por clínicas de segunda categoría y algún que otro *dancing* de mala nota.

Baxter recordó al hombre que iba al volante la dirección que Tim Barclay y él habían obtenido de labios del confidente.

Joseph Skin, entretanto, pidió al agente que iba junto al conductor el micrófono para comunicarse con el automóvil que les seguía.

—Adelántense y desplieguen sus fuerzas... ¡Cubran la parte de atrás de la mansión! Nosotros nos ocuparemos del resto. ¡Cambio y fuera!

Después se dirigió en parecidos términos al tercero de los

coches, pero en aquella ocasión encomendó a los hombres que lo ocupaban que cubrieran los dos flancos de la casa.

Ordenó disminuir la velocidad al conductor de su vehículo para dar tiempo a los otros agentes a que se desplegaran en torno a la casa.

Los dos coches aparcaron lo suficientemente alejados de la misma como para no despertar las sospechas de sus ocupantes.

El tráfico era mínimo por aquella zona y las calles y avenidas se hallaban desiertas de transeúntes, lo que obligó a los agentes a moverse con mayor sigilo para no llamar la atención con su presencia.

Joseph Skin dejó transcurrir un tiempo prudencial durante el cual los cuatro ocupantes del coche, con las luces apagadas, aguardaron en tensión, impacientes por entrar en acción, fumando un cigarrillo.

—Creo que podemos bajar —decidió el tejano, abriendo la portezuela de su lado.

Baxter dejó el vehículo por el lado opuesto, y en compañía de James Kallagant, siguió al inspector Skin por el caminillo de grava que llevaba a la puerta principal de la casa.

El tejano utilizó el pesado llamador de bronce al no distinguir ningún pulsador mientras cada uno de sus hombres, con las armas empuñadas, se situaban a ambos lados de la puerta.

Durante unos segundos nadie respondió a su llamada.

Por fin, después, de haber golpeado de nuevo el llamador, oyeron unos pasos al otro lado de la gruesa hoja de madera.

Una mirilla cuadrada, cuyo hueco, se hallaba cruzado por dos barras de hierro, permitió a Joseph Skin contemplar el rostro de un hombre cecijunto cuyas facciones recordaban las de un simio.

—¿Qué deseas? No son horas para hacer visitas... —Gruñó.

—¡Quiero ver a Dorian Chief!

Joseph Skin adivinó que su interlocutor iba a retirarse para cerrar de nuevo la mirilla apenas escuchó el nombre que acababa de pronunciar su visitante.

Se hizo a un lado y ordenó:

—¡Adelante, Kaplant!

Gordon no tuvo tiempo de reaccionar, pues una de las manos del agente se metió entre las rejas del ventanillo para agarrarle del

cuello de la camisa y tirar de él contra la puerta.

Inmediatamente el cañón de la automática se apoyó entre sus cejas.

—¡Abre la puerta si no quieres que te atravesase la cabeza! —le ordenó—. Somos del FBI...

La mención del Bureau puso un sudor frío en la espalda de Gordon, pero el arma que tenía apoyada en la cabeza le impidió avisar a los restantes ocupantes de la casa.

—¡Te doy cinco segundos para que abras la puerta! —le anunció Baxter con energía—. ¡Quita el cerrojo!

Escucharon el mido de la llave al girar en la cerradura y Joseph Skin empujó la puerta para dejar paso a James Kallagant.

Éste se situó rápidamente a espaldas de Gordon, momento en que Baxter soltó al pistolero para penetrar a su vez en la mansión.

Kallagant se guardó el arma del prisionero mientras mantenía la suya hundida en sus riñones.

—¡Llévatelo al coche! —le ordenó el inspector en un susurro.

Sólo habían transcurrido escasos segundos desde que Gordon había acudido a la llamada de la puerta y ningún ruido había llegado hasta los restantes ocupantes de la mansión.

Errol se asomó a la puerta que se abría a la izquierda del oscuro vestíbulo.

—¿Quién era, Gordon? —preguntó desde allí.

Baxter Kaplant corrió hacia él mientras Joseph Skin desenfundaba su arma.

—¡Entréguense! Somos agentes del FBI —anunció desde el centro del vestíbulo.

Errol les dio la confirmación de lo que iban buscando, pues en lugar de acatar la orden se retiró del hueco y sacó el revólver que llevaba en la sobaquera.

Un par de balazos hicieron que Joseph Skin se lanzara al suelo para evitar ser herido en tanto que Baxter respondía al fuego del pistolero.

Las tres detonaciones sirvieron de advertencia para el resto de los hombres que ocupaban la casa.

Dorian Chief arrojó sus cartas sobre la mesa y se puso en pie con tal brusquedad que derribó la silla, que ocupaba, mientras en su rostro se pintaba la inquietud.

—¡Apagad las luces! Hay que escapar por la parte de atrás — indicó a los dos hombres que habían sentados con él.

Farell accionó el conmutador de la lámpara de pie que les alumbraba mientras Errol retrocedía hacia el salón sin dejar de disparar.

—Los del FBI, jefe —chilló sobre el estampido de las armas—. Han cogido a Gordon...

Un proyectil astilló una de las columnas en el momento en que Baxter se pegaba a la jamba de la puerta y asomaba su mano armada al otro lado de la misma.

Los hombres que rodeaban la casa habían comenzado a moverse apenas el ruido de las primeras detonaciones llegó hasta ellos.

Farell tropezó materialmente contra uno de los agentes y las armas de ambos funcionaron al mismo tiempo en un doble disparo lleno de efectividad.

El pistolero se dobló hacia delante al sentir sus entrañas desgarradas por un proyectil mientras que su adversario conseguía esquivar por pulgadas la bala que le estaba destinada.

Saltó sobre el cadáver del hampón y avanzó por el pasillo hasta ocultarse en una entrada que se abría a la izquierda.

Baxter acababa de desarmar a Errol de un balazo antes de situarse junto a él e inmovilizarle con una dolorosa llave de lucha japonesa.

Tim Barclay golpeó con el cañón de su arma a Dorian Chief en el cuello, haciéndole gritar de dolor al tiempo de doblarse sobre sí mismo hacia delante.

Cuando quiso enderezarse ya se hallaba esposado y con un par de agentes junto a él.

—¡Den las luces! —ordenó Joseph Skin a sus hombres—. Y traigan a todos los prisioneros al vestíbulo.

La descripción que Kallagant les había proporcionado del cerebro de la banda les permitió identificar rápidamente a Dorian Chief quién tenía los ojos de pez inyectados en sangre.

—Tengo una buena noticia para ti —le dijo Baxter, deteniéndose frente a él—. Ya han aparecido las joyas que Earnard Curtis se llevó de tu caja fuerte.

Aquello hizo que el prisionero levantara la vista hacia Baxter.

—Pero no vas a tener ocasión de disfrutarlas. ¡Ni tú ni ninguno

de tu cuadrilla! ¿Quién fue el que disparó sobre Gleen Morrison en la Park Avenue?

El recuerdo de su compañero de Quántico, ametrallado frente a las Galerías

Therry & Lancaster,

le hizo cerrar con rabia su mano sobre el brazo del calvo.

—¡Esto, os va a costar la silla eléctrica a alguno! Aunque todos sois responsables por igual y tú más que ninguno...

Joseph Skin ordenó a los agentes que se llevaran al grupo de prisioneros hacia los coches para trasladarlos al Departamento del FBI y de allí saldrían, después de tomarles testimonio, hacia la cárcel del Estado.

—Se os olvidó arrojar esto al puerto junto con el cadáver de Romina Enger —dijo Baxter, mostrando a Dorian Chief el Buda encontrado en el suelo del garaje—. ¡Dos muertes y un asalto a mano armada! ¡Un mal asunto!

Baxter Kaplant siguió con la vista al grupo de prisioneros y se dijo que ahora sí había terminado su misión.

François Therry y su socio Lancaster habían recuperado todas las piezas robadas, Fiona y el barman se hallaban en prisión y, lo que era más importante, los asesinos de Gleen Morrison habían sido capturados.

Joseph Skin se volvió hacia él desde el comienzo de la escalera:

—Subiré a echar un vistazo a la parte de arriba. ¿Me acompaña, Kaplant?

Baxter apartó la vista del teléfono, que había sobre una mesita a la entrada del salón.

—Ahora mismo voy, inspector. Si no le importa, haré primero una llamada.

A aquella hora Jocelin debía estar en la Redacción. Pidió que le pusieran con ella y mientras aguardaba se dijo que la muchacha bien se había ganado aquella exclusiva.

Al día siguiente su periódico daría las primicias informativas sobre la captura e identidad de los ladrones de joyas de las Galerías Therry & Lancaster.

Y la firma de Jocelin Demavet iría al pie del reportaje.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispensa
a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

NOTAS

[1] Niñera por horas que una agencia envía a las casas. < <

[2] Mi hombre. < <